

**LUCHADORES
DEL
ESPACIO**

ROBINSONES COSMICOS



POR GEORGE H. WHITE

se

Por las últimas décadas del siglo XX, un cohete sideral despegó de la Tierra para llevar a cabo la más prodigiosa hazaña que el hombre pudiera concebir jamás.

Viajando a una velocidad casi igual a la de la luz, los tripulantes de la aeronave vivirían una existencia normal mientras que en la Tierra transcurrían en el mismo tiempo... ¡más de TRES MIL años!

¿Qué cambios habría sufrido el planeta Tierra al cabo de tres milenios?

La fantasía de los viajeros especulaba acerca de las sorpresas que les aguardarían a su regreso...

Pero la realidad sería terrible, porque los dos únicos supervivientes de la expedición sideral... ¡serían también los únicos supervivientes del género humano en un mundo transformado, hostil y enemigo del hombre!

Robinsones cósmicos, escrita por George H. White y basada en teorías estrictamente científicas, transporta al lector a un mundo extraño, del que la criatura humana ha sido desterrada...



George H. White

Robinsones cósmicos

La saga de los Aznar - 14.5

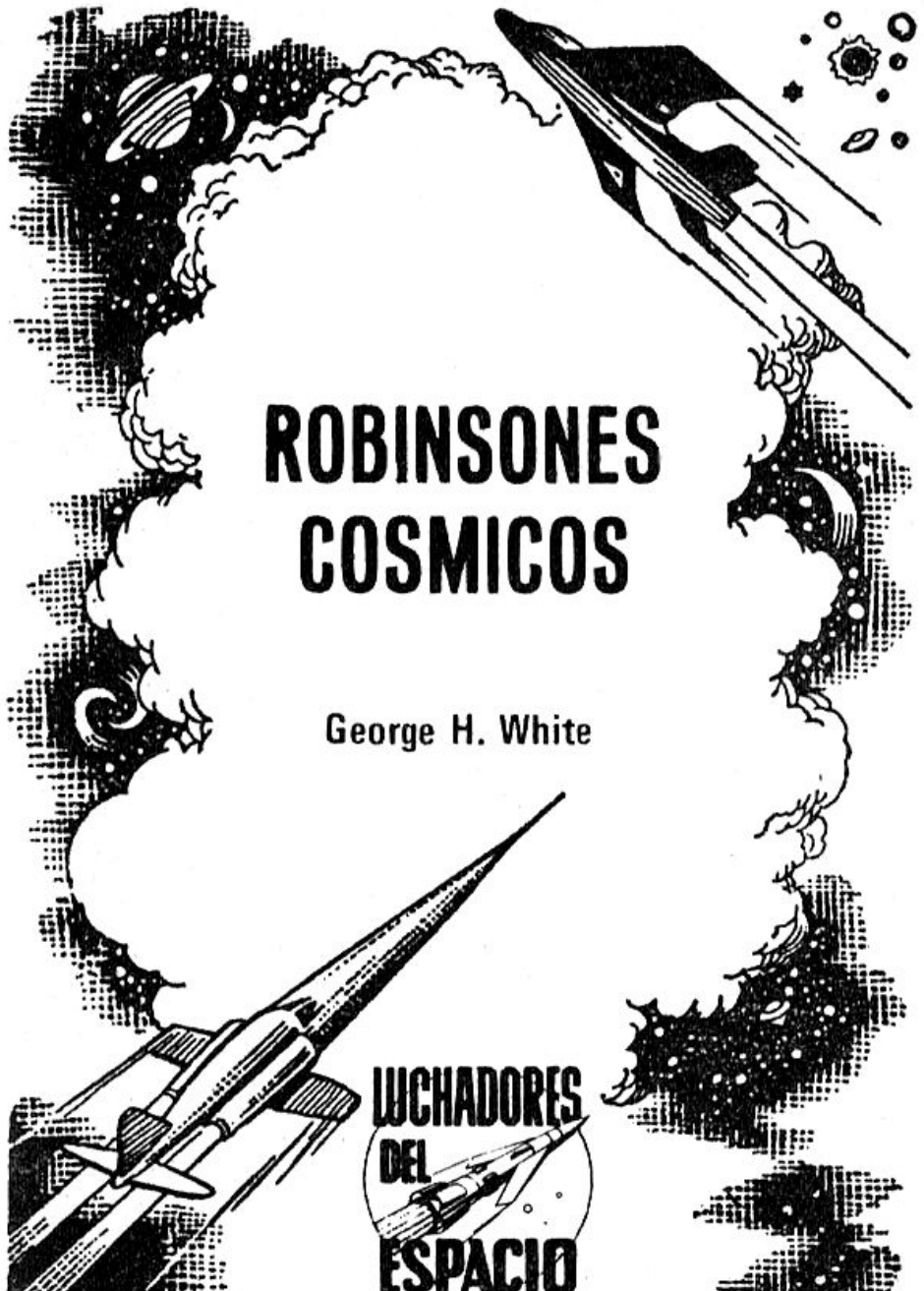
ePub r1.1

Titivillus 28.11.16

Título original: *Robinsones cósmicos*
George H. White, 1975

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2





ROBINSONES COSMICOS

George H. White

LUCHADORES
DEL
ESPACIO



CAPÍTULO PRIMERO

SOLOS

Pacón ya se clavaban en ella, una mirada del abismo en los nublantes
astros cuyas lanzadas de luz perforaban el negro sudario de la
eterna noche cósmica. El alma infantil se asomaba por los ojos a la
inmensidad inabarcable del Universo y se encogía transida de
pavor.

Sin embargo, la sensación de soledad que el pequeño Eduardo
sentía ahora no procedía del impresionante espectáculo que
contemplaban sus ojos. Era demasiado pequeño todavía para
aquilatar con toda su magnitud la grandeza pavorosa de aquel
cosmos frente a la insignificancia de su propio tamaño, de sus once
años y del cohete intersideral que le servía de vehículo.

Por otra parte, Eduardo era aún muy niño para precisar en qué
consistía aquel extraño sentimiento de vacío y amargura que le
clavaba sus garras en el corazón. Tenía miedo, he aquí todo cuanto
podía discernir. Le asustaba aquella mujer tendida en la litera del

camarote, a pesar de ser su madre.

—¡Eduardo... ven!

La llamada, proferida por una trémula vocecilla infantil, obligó al muchacho a abandonar su atalaya. Saltando del taburete al piso volviéndose hacia la litera donde yacía su madre. Junto a la cabecera, una niña de bucles dorados, de unos ocho años de edad, lloraba silenciosamente con su linda carita vuelta hacia Eduardo.

El niño se acercó medrosamente al lecho.

—Eduardo... hijo. Ven, acércate. ¿Has apagado la luz? Casi no te veo...

Los ojos azules de la niña y los oscuros del muchacho se encontraron llenos de terror. Las luces estaban todas encendidas. Una mano larga, amarilla, huesuda y bañada de un sudor extrañamente frío buscó la mano del muchacho y la apretó con fuerza.

—Tienes que ser valiente, Eduardo —gimió la mujer—. Voy a dejaros... He de emprender un largo viaje del que no se regresa jamás y vosotros quedaréis solos...

—¡No, mamá! —gritó el muchacho—. ¡No te vayas... no nos dejes solos!

—Es preciso, Eduardo —suspiró la mujer envolviendo a su hijo en una mirada de ternura—. Escucha, hijo mío. Tu madre va a morir. Tú y Viola sabéis lo que esto significa. Durante mucho tiempo he tratado de acostumbraros a la idea de que más pronto o más tarde quedaríais solos. Tú eres el mayor de los dos. Me prometiste ser valiente, ¿recuerdas?

—Sí, mamá.

—Cuando me veáis yerta y fría deberéis entender que he muerto y cerrar herméticamente la puerta de este camarote. Nunca más volveréis a abrirla.

Eduardo asintió tragando saliva. La niña dejó oír un sofocado sollozo. La señora Acero continuó:

—Y ahora, hijo mío, he de hacerte una confesión. Tú sabes, porque te lo dije muchas veces, que estamos viajando a bordo de un cohete a través del espacio. ¿Sabes dónde vamos?

—Sí, mamá. Estamos de regreso hacia la Tierra, tú me lo has dicho muchas veces.

La mujer asintió con un imperceptible movimiento de cabeza.

Luego prosiguió diciendo con voz que era por momentos más baja, más fosca y más estertorosa:

—En efecto. Pero hay algo que debéis saber. La Tierra que vosotros encontraréis a vuestro regreso no será la misma que conocéis por las fotografías y los grabados de los libros que llevamos a bordo.

La moribunda se detuvo para aspirar con avaricia el aire y continuó:

—No es posible desmenuzar para ti en unos minutos la complicada teoría que dio origen a este desdichado viaje. No tenemos tiempo ni tú lo comprenderías... Bástate saber que fue un sabio llamado Albert Einstein quien con su famosa teoría de la relatividad afirmó que, si fuera posible situar un reloj en el espacio y darle la velocidad de la luz, la máquina del reloj funcionaría muy despacio mientras se aceleraba, y acabaría por detenerse en el preciso momento que alcanzara la velocidad de la luz...

La señora Acero volvió sus ojos hacia la portilla y suspiró:

—Para mi padre, esta teoría no era solamente divertida, sino que estaba llena de seductoras posibilidades. Porque no se trataba de parar el reloj para que los ocupantes de un cohete que viajaran con él por el espacio a una velocidad semejante a la de la luz se hicieran la ilusión de que no envejecían, sino que, efectivamente, a esa velocidad las funciones fisiológicas se retardarían considerablemente y los astronautas envejecerían más despacio.

La moribunda se detuvo ahogada por un golpe de tos. Sus enflaquecidas manos se asieron a las del muchacho, apretándolas con fuerza.

—Esto... se acaba —murmuró. Y haciendo un visible esfuerzo de voluntad, prosiguió—: Todo esto lo comprenderás si continuas estudiando con tesón en los libros que hay a bordo. Mi padre era de la creencia que, con el descubrimiento de las armas atómicas, la Humanidad terrestre no sobreviviría muchos años... Despreciaba al hombre tal y como lo conocía... ambicioso... malvado... ciego y estúpido, fraguando su propia destrucción en los ensayos de sus malditos laboratorios. La Tercera Guerra Mundial había dividido nuestro mundo en dos fracciones que se odiaban a muerte. Y mi padre, tu abuelo, estaba seguro de que no pasarían muchos años sin que las razas antagonistas chocaran aniquilándose y aniquilando

toda la vida existente en nuestro planeta, de modo que concibió...

Un nuevo golpe de tos ahogó las palabras de la señora Acero. La niña tomó una botella de agua de la mesita próxima y la acercó a los ardientes y resecos labios de la moribunda.

—Descansa, mamá —sollozó Eduardo.

—Es preciso que continúe —murmuró la mujer sacudiendo la cabeza—. Tu abuelo concibió la idea de abandonar la Tierra en un cohete construido por él exprofesamente para este viaje y regresar cuando hubieran transcurrido varios millares de años terrestres... Nadie había comprobado hasta entonces la teoría de Albert Einstein. El profesor Marlow se propuso ser el primer hombre que viajara por el espacio a una velocidad casi igual a la de la luz y sobrevivir en varios miles de años a los hombres de su generación... Esperaba hallar a su regreso a la Tierra un mundo completamente distinto, donde la Humanidad, en un brusco retroceso de un millón de años, viviera otra vez la primitiva Edad de Piedra... Él soñaba en restaurar la cultura occidental en un mundo tosco y primitivo, donde aparecería de pronto descendiendo del cielo como un dios sabio y todopoderoso...

La señora Acero sonrió amargamente.

—Estaba loco —murmuró—. Pero esto sólo lo supimos muy tarde... demasiado tarde para rectificar aquella locura. Yo tenía solamente cinco años cuando tu abuelo me trajo a bordo de este cohete. Aquí me encontré con otros tres niños que eran, poco más o menos, de mi misma edad: dos muchachos y una niña... los futuros fundadores de una nueva dinastía que, en una Tierra salvaje y primitiva, serían los únicos poseedores del poder de la electricidad, del vapor, de la energía atómica y de las armas de destrucción en masa...

Eduardo y Viola, con ojos desmesuradamente abiertos, escuchaban atentamente aquella extraña historia de la que comprendían tan pocas cosas.

—Zarpamos inmediatamente —prosiguió diciendo la moribunda—. A bordo de este cohete no experimentábamos ninguna sensación extraña. Volábamos en una aceleración constante, pero el reloj de a bordo seguía marchando igual. Solamente cuando tuvimos uso de razón supimos que, en realidad, nuestros relojes estaban casi completamente parados en relación a los relojes situados en nuestro

mundo. Pero nosotros no podíamos darnos cuenta porque vivíamos tan despacio como los relojes. Aunque nosotros no lo percibiéramos, cada latido de nuestros corazones se alargaba enormemente, cada pensamiento nos entretenía lo que allá en la Tierra eran horas y en el simple acto de dar un paso o levantar un objeto invertíamos quizás un día entero terrestre. Cuando Dolores MacCormick, Abe Housman, Eduardo Acero y yo fuimos bastante mayorcitos para comprender esto, nos divertía pensar que mientras nosotros vivíamos catorce años en este cohete en marcha, allá en la Tierra transcurrían cien.

Otro golpe de tos interrumpió a la señora Acero. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Mi padre consignó todo esto en un diario, que luego continué llenando yo, mientras tuve fuerza. Tú lo leerás también algún día, Eduardo, y quiero que seas clemente cuando tu edad te permita comprender el drama que ocurrió aquí cuando tu padre y el padre de Viola encontraron ese libro y se enteraron de la verdad. Porque hasta aquel momento el profesor Marlow nos había hecho creer que todos éramos hermanos e hijos de él. Él, en verdad, nos amaba a todos por igual, pero únicamente yo era su verdadera hija. Lola, Abe y Ed habían sido raptados de sus respectivas casas y embarcados en este cohete contra la voluntad de sus padres.

La moribunda gimió bajo la mirada asombrada de los dos niños.

—Cuando Abe y Ed se enteraron de esto tuvieron una fuerte disputa con mi padre. Abe, que era de temperamento violento e irreflexivo, mató al viejo de un golpe. Inútil será decir que a partir de aquel día aborrecí a Abe y el odio y la discordia reinó donde antes habían reinado la paz y la buena voluntad. Además, al saber que no éramos hermanos comprendimos ciertos fenómenos que nos habían alarmado y en medio del odio germinó también el amor. Eduardo Acero y yo nos amamos y tú fuiste el fruto de aquel amor. Tres años más tarde, Dolores MacCormick dio a luz a Viola y murió en el parto. Abe me suplicó que olvidara el pasado y me hiciera cargo de la niña. Lo hice así, la crié y la quise como a mi propia hija...

La señora Acero se detuvo aquí y pareció buscar las palabras adecuadas para no herir la sensibilidad de sus infantiles escuchas.

—Me quedé sola con dos hombres... ¡Ojalá hubiera muerto yo

también al morir Lola! Abe comenzó a perseguirme y... —la moribunda se interrumpió, movió la cabeza y dijo—: Bien... no es necesario que entre en detalles sobre lo que ocurrió. Algún día comprenderéis la razón por la cual Abe y Ed pelearon... y se mataron. Abe murió en seguida, dejando malherido a Ed... Y Ed murió poco después torturado por el remordimiento de haber tenido que matar al hombre que siempre había querido como un hermano. Esto ocurrió hace siete años y desde entonces nosotros tres, vosotros y yo, hemos sido los únicos tripulantes de este cohete maldito. Ahora yo voy a reunirme, sin odio ni rencor, con aquellos que fueron mis amigos. Vais a quedar solos...

—¡No, señora Silvia! —chilló la pequeña Viola arrojándose de bruces sobre la moribunda—. ¡No nos deje usted..., no nos deje, señora!

Silvia Marlow acarició con su escuálida mano los dorados bucles de la niña. Sus ojos, llenos de lágrimas, buscaron los de su hijo.

—Estáis a salvo ahora —dijo la mujer, tratando de confortar aquellos espíritus infantiles—. Tenéis tiempo y medios por delante para sobrevivir varios años más hasta que lleguéis a la Tierra. Hay bastantes alimentos y oxígeno a bordo para que dos personas puedan vivir confortablemente durante mucho tiempo. Las pilas atómicas que construyó el desgraciado profesor Marlow seguirán funcionando por espacio de varios siglos terrestres, pero no debéis desaprovechar ese tiempo, sino dedicarlo a un intensivo estudio hasta que podáis controlar la aeronave, distinguir la Tierra de los demás astros y efectuar un aterrizaje en nuestro viejo mundo...

—¡No nos abandones, mamá! —gritó el muchacho asiéndose con desesperación al sudoroso cuello de la moribunda—. ¡Moriremos si nos dejas solos!

—No moriréis —prometió la mujer con voz muy débil—. ¡Yo sé que no moriréis!

Y después de pronunciar estas palabras pareció caer en un profundo sopor mientras el embozo de la cama subía y bajaba a impulsos de la dilatación del pecho de la moribunda.

—Escuchad, hijos —dijo al cabo de unos minutos, sin abrir los ojos—. Debéis tener valor. No permitáis que el miedo, la tristeza ni el desaliento os dominen. Pensad que estáis completamente solos y nadie puede venir a ayudaros. Dentro de ocho años este cohete

habrá completado su viaje a través del Cosmos y el planeta Tierra aparecerá por proa. Para cuando llegue ese momento deberéis poseer conocimientos bastantes para identificar nuestro mundo y realizar un aterrizaje en el que no perezcaís... Quién sabe... Tal vez la Humanidad no se autodestruyó y al presente exista sobre la Tierra una cultura superadelantada... tal vez el hombre fuera totalmente aniquilado y vosotros dos seáis los únicos supervivientes de la raza humana. En cualquiera de los casos necesitaréis uno del otro... Amaos... protegedos y ayudados el uno al otro... y si vosotros sois en verdad los únicos ejemplares del hombre... si el destino os ha señalado para que seáis los padres de una nueva humanidad... acordados de las enseñanzas cristianas que habéis recibido e inculcadlas en vuestros descendientes.

La respiración de la moribunda, hacía se por momentos más dificultosa. Los dos niños presentían la proximidad del final y esto les llenaba de horror. Hubo un largo y solemne silencio durante el cual los niños creyeron percibir el aleteo de una sombra fría y compacta en el reducido camarote.

—¡Eduardo!

La llamada sonó como un toque de clarín en los embotados sentidos del muchacho.

—¡Hijo... dame el Crucifijo!

Eduardo se puso en pie, alcanzó la cruz que colgaba sobre la cabecera del lecho y lo puso entre las frías manos de su madre. Ésta lo besó. Sus labios se movieron susurrando una oración.

—Eduardo... hijo —susurró la voz queda de la moribunda. Y el niño se inclinó sobre ella con las lágrimas temblándole en el extremo de las pestañas—: No te separes nunca de Viola... protégela y ámala siempre. Sé fuerte y valeroso... no desanimas... eres un hombre.

Una dulce sonrisa afloró a los exangües labios de la mujer. Ésta cerró los ojos y suspiró profundamente.

—¡Madre! —gritó Eduardo abrazándose al delgado cuerpo que apenas abultaba sobre el lecho—. ¡Madre!

De nuevo creyó sentir el muchacho el aleteo frío de un ente invisible que cruzaba la habitación. Y de pronto creyó percibir que una puerta acababa de cerrarse tras él, dejándole solo en mitad de un desierto donde el silencio pesaba como una losa. Comprendió

que acababa de perder a su madre y esta certeza le sumió en un pánico profundo.

Nunca sabría el tiempo que permaneció allí, llorando, mientras abrazaba desesperadamente aquel cuerpo por momentos más frío y más yerto. De pronto, la frialdad y el mutismo de aquella figura yacente despertaron en él un miedo extraño. Viola debía de sentir lo mismo, porque su fría manita buscó a tientas la de Eduardo y se la apretó con fuerza.

Retrocedieron lentamente hacia la puerta del camarote, sin dejar de mirar hacia el cadáver, como si una fuerza hipnótica atrajera sus ojos hacia el macabro espectáculo. Luego, ya junto a la puerta, giraron al mismo tiempo sobre sus talones y echaron a correr, abandonando el camarote y cerrando la puerta de golpe.

Parecíales como si algo que quedaba allí dentro les amenazara con abrir la puerta y perseguirles a través de toda la aeronave. Temblando de terror, Eduardo dio vuelta a la manivela que cerraba la puerta a presión. Luego se lanzaron escalerillas arriba hasta el salón biblioteca y echaron la trapa que comunicaba este compartimiento con el de los camarotes. Siempre gateando por la escalerilla de acero subieron hasta la cabina de control y echaron también la pesada compuerta estanco.

Al dejar caer entre ellos y la muerta la última escotilla, los dos niños se miraron a los ojos.

—Tengo miedo, Ed —murmuró Viola.

Eduardo corrió hacia el tablero de mandos y encendió todas las luces de la cabina. Luego, como inspirado por una súbita idea, dio vuelta a un botón que encendió una gran pantalla de televisión situada encima del cuadro de instrumentos.

En la pantalla aparecieron sobre un fondo pavorosamente negro miríadas de rutilantes estrellas que parecían desplazarse en el espacio con un movimiento apenas perceptible. El efecto óptico era el mismo que si los niños estuvieran asomados a un gran ventanal y ésta era exactamente la sensación que experimentaban los muchachos, la que Eduardo buscaba como único escape a la soledad amedrentadora que pesaba sobre él y su infantil compañera.

Eduardo se dejó caer en uno de los anchos y profundos sillones extensibles. Viola trepó también hasta el asiento y se refugió entre los brazos de Eduardo, mirando con ojos llorosos hacia la pantalla.

Las estrellas eran sus amigas. Sus ojos, que no se abrieron a la luz del sol bajo cuyos rayos nació y evolucionó la criatura humana, habíanse abierto, en cambio, a la luz de millares de soles exóticos y sondearon, apenas abiertos, las profundidades inacabables de aquel inmenso y misterioso desierto cósmico donde los astros estaban dispersos con parsimonia anonadadora.

Desde este sillón, a través de esta misma pantalla, el pequeño Eduardo Acero había hundido millares de veces su mirada en el espacio con la vana esperanza de ser el primero en descubrir allá en las profundidades del negro abismo el saludo luminoso del Sol, padre de la Tierra, que salía a su encuentro.

¡La Tierra! Todas las fantasías infantiles del muchacho habían girado siempre en torno al planeta hermoso y desconocido y al momento en que sus ojos, cansados de escrutar las honduras infinitas del Universo, podrían admirar, al fin, las bellezas de un mundo que en su ignorancia se le antojaba inmensamente grande y maravilloso.

Sin darse cuenta, estrechamente abrazados, los dos niños acabaron por dormirse frente al magnífico espectáculo de una noche eterna poblada de miles de fulgurantes y exóticos mundos.

CAPÍTULO II

A TRAVÉS DEL UNIVERSO

Cuando la señora Acero se debió haber despedido por los presentimientos sobrenaturales, sino más bien dando muestras de conocer por propia experiencia la innata fortaleza de las criaturas humanas a todos los embates del destino.

Cuando los niños despertaron se pusieron a llorar. Lloraron durante mucho tiempo, hasta que sus ojos quedaron enjutos y un fiero retortijón en los estómagos les anunció que sentían hambre. Entonces deshicieron su fuerte abrazo y buscaron en la pequeña despensa de la cabina de control algo con que acallar los rugidos de sus estómagos.

Nunca olvidarían los niños aquellos sus primeros días de orfandad. La soledad y el silencio multiplicaban la longitud de las horas. No sentían miedo. Su infancia no estuvo influida por la lectura o el relato de cuentos de aparecidos, ya que a bordo no existían más libros que los de ciencia y sus padres jamás les aterrorizaron con leyendas macabras. Pero el respeto que sentían hacia la muerte era instintivo en ellos, como lo fue para los pueblos primitivos, y hubieron de transcurrir muchas horas antes que la necesidad de ir al almacén para aprovisionar de víveres la despensa de la cámara de derrota les animara a pasar ante la cerrada puerta tras la que había quedado el cadáver de la señora Acero.

El cadáver de la señora Acero era el único que se podría encerrado en uno de los tres camarotes del cohete. Los cuerpos del profesor Marlow, de Lola McCormick, de Eduardo Acero, padre, y de Abe Housman fueron incinerados en el horno eléctrico que servía

para destruir las basuras y sus cenizas se guardaban en otras tantas arquetas de cristal esperando el momento en que pudieran recibir sepultura en la Tierra.

Aunque no era por naturaleza estudioso y prefería dejar volar su fantasía en vez de enfrascarse en la lectura de un libro, el tedio y la necesidad de emplear en algo su tiempo condujeron a Eduardo hasta la biblioteca de la aeronave.

Eligió para leer, naturalmente, aquellos libros que más se avenían con su mentalidad errabunda y quimérica, es decir, los que trataban de historia. Aunque eran libros de texto y no novelas, el pequeño Eduardo gozó con el relato de los hechos más notables de la humanidad que habitó en el mundo, desde los tiempos pretéritos, hasta unos pocos años antes de que el cohete del profesor Marlow se lanzara al espacio para llevar a cabo la más extraordinaria de las aventuras emprendidas por el hombre.

Tenían tiempo de sobra para leer. El cohete navegaba a través del espacio con los motores parados, llevado simplemente por el tremendo impulso que le dieran sus reactores atómicos en la primera parte de su viaje, desde que se sustrajo a la fuerza de gravedad de la Tierra hasta que, acelerando constantemente, alcanzó una velocidad igual al 80 por 100 de la velocidad de la luz.

Las probabilidades de que chocaran con un cuerpo celeste eran remotas dada la parsimonia con que las estrellas estaban repartidas en un espacio tan inmenso.

Cuando hubo acabado todos los libros de historia, Eduardo continuó con la Historia Natural, la Física y la Química, encontrando progresivamente interesantes estos temas. Impulsado por una insaciable curiosidad, el muchacho comenzó a adentrarse en los arcanos de la ciencia en todas sus diversas ramificaciones. Nadie controlaba su plan de estudios, excepto su capricho y sus preferencias. La Astronomía, de la que recibiera sus primeras lecciones cuando todavía no sabía leer, le apasionaba sobre todas las demás cosas, tal vez porque había nacido y se formó en íntima promiscuidad con las estrellas. Pero para la total comprensión de aquellos libros necesitaba tener amplios conocimientos de matemáticas. El muchacho lo comprendió así y comenzó a estudiar Álgebra y Trigonometría, según sus lecturas lo exigían.

El tiempo transcurría velozmente mientras tanto. La única

noción del tiempo les llegaba por medio de un reloj eléctrico que era, a la vez, un calendario perpetuo terrestre. Los muchachos no consultaban aquella máquina. ¿Para qué? En mitad del espacio no existían noches ni días y ellos vivían completamente despreocupados del transcurso del tiempo.

Mientras Eduardo estudiaba, Viola Housman se entretenía leyendo los mismos libros que atrajeron anteriormente a Eduardo. La muchacha asimilaba con rapidez cuanto leía, pero su innata aversión a los temas estrictamente científicos la mantenía alejada de los tomos que absorbían por entero a su camarada.

Ella también prefería soñar. Leía sin cansarse la geografía descriptiva del planeta Tierra. Con frecuencia, apoyando la barbilla sobre las manos, fijaba la mirada en un punto vago del espacio y se entregaba a largos y quiméricos sueños. Muchas veces iba a sentarse ante la pantalla de televisión y permanecía horas y horas contemplando el incomparable espectáculo del Cosmos infinito. Otras veces hacía funcionar el aparato magnetofónico escuchando las más selectas sinfonías compuestas por el hombre.

A bordo llevaban también un acordeón. Aunque sólo tocaba de oído. No tardó en ser una hábil ejecutora. Reclinada en el sillón del piloto, con la ensoñadora mirada perdida en las profundidades del espacio que veía a través de la pantalla de televisión, componía música por su propia cuenta. Con el acordeón, Viola describía las magnificencias de la eterna noche cósmica, la majestuosidad de las nebulosas, la impresionante soledad del vacío interestelar...

Aquella música servía de fondo a los estudios de Eduardo Acero. Éste, sin saberlo, iba surgiendo del pozo de su ignorancia para asomarse lleno de curiosidad a los misteriosos campos de la ciencia.

Al cumplir los diecisiete años, Eduardo Acero era físicamente un joven de elevada estatura, ancho y fuerte de espaldas. En su rostro afilado centelleaban los ojos castaños, inteligentes y de decidida expresión. En su boca, de labios bien dibujados, se advertía la mueca obstinada y orgullosa del hombre que se ha hecho a sí mismo. El mentón avanzaba formando una barbilla cuadrada, hendida por un corte vertical. Sobre su ancha frente de intelectual caía una guedeja de cabellos negros, duros y ásperos.

Al estirarse sus miembros, Eduardo tuvo que saquear el no demasiado surtido guardarropa de su abuelo, de su padre y del

padre de Viola. Por aquellos días empezaba a utilizar también con titubeos de neófito la vieja navaja de afeitar del abuelo. Los pelillos de su barba eran todavía demasiado tiernos y se negaban a introducirse por las ranuras de las maquinillas eléctricas.

Este súbito e instintivo cuidado de su persona perseguía como objetivo el resultar agradable a Viola Housman. También la muchacha había sufrido una profunda metamorfosis. A los quince años era ya una moza esbelta, bien formada y con la extraña capacidad de turbar profundamente a Eduardo en algunos momentos de su forzada intimidad. Ella también había sufrido un cambio notable en su manera de ser. Aunque se trataban fraternalmente, ella ya no buscaba las rodillas de su compañero para jugar en los momentos en que, después de haber elaborado fantásticos sueños, sentíanse optimistas y confiados en el incierto porvenir. Desde que sus formas se redondearon adquiriendo los contornos de la mujer, sus mejillas arrebolábanse con frecuencia y, a veces, sin motivo aparente.

Una barrera invisible les separaba, haciéndoles avergonzarse de actos pueriles, que en su infancia realizaron centenares de veces.

El tiempo, así, fue transcurriendo con rapidez. El mismo día que cumplía diecinueve años, Eduardo Acero, sintiéndose con suficiente preparación científica, apartó los libros a un lado y enfrentóse resueltamente con los instrumentos del pequeño y bien provisto observatorio astronómico de a bordo.

Al aproximarse la fecha en que el cohete debería encontrarse con la Tierra, el joven temió que cualquier pequeño error en los cálculos de su abuelo les hiciera pasar de largo ante el mundo hacia el cual volaban llenos de esperanza.

Si ocurriera una cosa así, el final de los astronautas sería, necesariamente, morir en el cohete, que sería su férrea y eterna tumba. Tal vez en todo el inmenso universo no existiera un solo planeta idéntico a la Tierra, con un sol de la misma edad y composición y situado a la misma distancia que el Sol de la Tierra. La inmensa mayoría de las estrellas que surgían al paso del cohete eran mundos en los que la vida estaba desterrada.

Muchos soles, miles de veces más grandes que aquel que presidía la vida en el planeta Tierra, eran todavía muy jóvenes y se encontraban en una fase muy precoz para estar rodeados de

planetas. Otros soles poseían un compañero que no era un planeta enfriado y solidificado, apto para el desarrollo de la vida, si no otro sol. Estos mundos eran soles dobles y el menor de ellos giraba en torno al mayor como un planeta. Pero había grupos de estrellas todavía más sorprendentes, formados de cuatro o cinco soles asociados y, a veces, estos soles eran de distinto color. Soles amarillos se unían a soles blancos, y soles verdes giraban alrededor de soles azules. ¡Qué fantástico espectáculo para criaturas dotadas de razón y sentimiento!

Pero la abundancia de luz y color de estos múltiples mundos no podían alegrar ninguna retina humana. Aquellos grupos de estrellas estaban desprovistos de vida. Allí, y como consecuencia de las fuerzas de atracción opuestas, no había lugar para ningún planeta. Un pequeño globo como la Tierra quedaría triturado por las fuerzas de atracción contrarias de aquellos colosos.

El cohete interestelar, devorando millones y millones de kilómetros, avanzaba día tras día. Día tras día, y a medida que se acercaba la fecha en la cual deberían encontrarse con la Tierra, los ojos de Eduardo Acero escudriñaban con mayor excitación las honduras del espacio. Adelgazó. Prácticamente no se separaba nunca del telescopio. El temor a perder la única posibilidad de salvación que les quedaba, les torturaba. Cuando Eduardo dormía, Viola quedaba vigilante junto al telescopio. Pero Eduardo sólo confiaba en sí mismo y con frecuencia interrumpía su sueño para subir a la cabina de derrota y asegurarse de que el Sol no era visible en las profundidades del espacio.

Un día de aquéllos, un nuevo astro se anunció en la inmensa lejanía lanzando sobre el objetivo del telescopio electrónico su saludo luminoso. El joven se apercibió para analizarlo. Trabajó durante varias horas con la misma intensidad que antes dedicara a otros centenares de soles que finalmente le defraudaron. Sus ojos leyeron ansiosamente en las rayas oscuras del espectro luminoso.

Lanzó una exclamación de alegría. A juzgar por el análisis espectroscópico, el astro, todavía diminuto en la distancia, era de composición idéntica al Sol de la Tierra. El joven saltó hacia los controles del cohete, puso los reactores atómicos delanteros en marcha y comenzó a frenar el impulso de la nave mientras describía un círculo de 10.000 millones de kilómetros de radio en torno al

rutilante astro de sus esperanzas.

Llamó a Viola. La joven subió hasta la cabina y posó en los ojos de Eduardo los suyos esperanzados e interrogantes.

—¡Al fin! —dijo Eduardo—. ¡Al fin lo hemos encontrado!

—¿Quieres decir que...?

—¡Acabo de capturar a nuestro Sol... al Sol que vio nacer a nuestros antepasados!

Lanzando un grito de alegría, Viola corrió a abrazar a su camarada. Fundidos en un apretado abrazo, los jóvenes se entregaron a una danza loca por todo el compartimiento, riendo, llorando y lanzando gritos de júbilo.

Pero las muestras de entusiasmo fueron breves. Presa de febril ansiedad, Eduardo corrió hasta el telescopio y registró con él las negruras del espacio. Esperaba hallar algún planeta y sus esfuerzos no tardaron en verse recompensados. El objetivo del telescopio electrónico capturó un pequeño planeta que giraba en torno al Sol a unos 6.500 millones de kilómetros de distancia de éste.

Se trataba de un planeta bastante más pequeño que la Tierra y enteramente cubierto de hielo.

—Ése debe de ser Plutón —murmuró Eduardo con voz enronquecida de emoción. Y moviendo los mandos del telescopio registró el espacio ansiosamente.

Durante largas horas, mientras el cohete describía un círculo en torno al Sol, que se veía a simple vista como una pequeña estrella de luz viva, la vítrea pupila del telescopio avizoró el negro espacio en todas direcciones. Finalmente, Eduardo pudo lanzar otro grito de triunfo.

—¡Ahí está! ¡Ese debe de ser el planeta Neptuno!

—¿Estás seguro?

—Casi completamente seguro. Ya sería demasiada casualidad que encontráramos a más de un sol idéntico al nuestro, dos planetas exteriores que por su tamaño y forma se parecen a Plutón y Neptuno. Sin embargo, te daré más pruebas... Voy a ver si capturo al planeta Urano.

El vítreo ojo del telescopio volvió a registrar el espacio. Aunque la distancia era todavía considerable, el instrumento permitió a Ed descubrir un tercer planeta que al análisis del espectroscopio anunció contener clorofila. El planeta, además, tenía un satélite.

—No cabe duda —rió Eduardo nerviosamente, dejándose caer en un sillón porque las piernas se negaban a sostenerle—. Al fin hemos dado con nuestro sistema solar.

—¿Podemos ver ya al planeta Tierra?

—Todavía estamos muy lejos. Espera a que hayamos perdido velocidad y describiremos círculos más estrechos en torno al Sol.

Transcurrieron muchas horas antes que los astronautas pudieran acercarse al Sol. Durante esta espera elaboraron mil fantasías acerca de las sorpresas que les aguardaban en la Tierra. Eduardo era de la opinión que el mundo habría sufrido un profundo cambio a lo largo de los años que duraba el viaje del cohete.

Entretenidos en su charla, el tiempo transcurrió y Eduardo pudo volver junto al telescopio. Esta vez, el planeta que apareció ante sus ojos fue Saturno, con su inconfundible anillo de polvo cósmico. El cohete, describiendo círculos cada vez más estrechos alrededor del Sol, iba cruzando las órbitas de Saturno, de Júpiter y de Marte. La Tierra se mostró, por fin, a los ávidos ojos de aquellos que habían nacido y vivido hasta hoy inmensamente lejos de su patria.

La astronave giró varias veces en torno al Sol y luego lo abandonó para girar de lejos alrededor de la Tierra. Ésta mostraba a los ojos de los sideronatos su vieja y añorada faz.

Ya era hora de intentar establecer contacto con los habitantes del planeta. Eduardo se dirigió a la consola de la radio y encendió el aparato. Pero aunque probó en distintas longitudes de onda no consiguió sintonizar ninguna emisora terrícola. Esto era muy extraño y llenó a los dos muchachos de inquietud. Probaron también a captar alguna señal de televisión, con el mismo resultado negativo.

Ed no se atrevió a comentar este contratiempo, siendo Viola quien trató de hallar una explicación lógica:

—La tecnología ha debido avanzar considerablemente en todo el tiempo transcurrido. Tal vez los medios de comunicación que se utilizan actualmente en la Tierra sean completamente distintos de todos los que conocemos.

—Es posible, ¿quién sabe? —dijo Ed pensativamente.

Nuevos intentos en los días siguientes dieron el mismo descorazonador resultado negativo.

Llegó, por fin, aquel momento tan largamente esperado. Los

astronautas iban a poner pie sobre la Tierra por primera vez. Eduardo Acero se encaminó hacia el sillón del piloto y empuñó resueltamente los mandos.

—Si estás nervioso podemos dejar el aterrizaje para más tarde —recordó Viola—. Puesto que hemos aguardado tantos años, nada importa esperar unas horas más.

—¡Oh, no! —protestó Eduardo—. Me siento estupendamente bien. He tenido tiempo de sobra para acostumbrarme a la idea de que, al fin, se veían cumplidas nuestras ilusiones.

Pero la verdad era que Eduardo Acero sentíase bastante intranquilo. Era esta la primera vez que tomaba el control del cohete. Sabía de memoria las operaciones que tenía que realizar para la maniobra del aterrizaje, pero las conocía sólo en teoría, después de haber estudiado los folletos explicativos dejados por el profesor Marlow. Y ahora temía olvidar alguno de los múltiples detalles que debería tener en cuenta.

El regreso a la Tierra de cualquier vehículo interplanetario que se expidiera fuera de la misma, implicaba serios problemas de orden mecánico. Si un meteorito o cualquier otro cuerpo cósmico se incendiaba y hasta volatizaba al rozar con la atmósfera, mayormente se desintegraría una aeronave metálica dotada de mayor velocidad.

Lo que procedía hacer era describir varias elipses en torno a la Tierra, de forma que en la primera y más amplia se rozara solamente las más elevadas y tenues capas atmosféricas, con lo que el cohete sería parcialmente frenado. Describiendo elipses cada vez más pequeñas, la aeronave iría atravesando las sucesivas capas de la atmósfera, cada vez más densas. En la última de las vueltas, el cohete quedaría convertido de hecho en un “satélite” artificial de la Tierra, girando en torno a ésta ya dentro de la atmósfera para finalmente aterrizar con la proa apuntando al cielo y la popa hacia la superficie del suelo.

Para realizar esta maniobra habían de emplearse 24 horas. Veinticuatro horas tensas, enormemente largas, clavado a un sillón, sintiendo que la fatiga le invadía a uno y, a la vez, teniendo que estar más alerta a medida que se acercaba el momento cumbre, aquel en que el cohete invertía su posición y descendía de popa a tierra con los reactores a la máxima potencia.

Con los ojos fijos en la gran pantalla de televisión, Eduardo empuñó los mandos y, sirviéndose de los reactores delanteros para controlar la dirección del aparato, hizo bajar la proa hasta que ésta pareció apuntar directamente al globo terráqueo.

Como la velocidad del cohete era todavía muy alta, la sensación que recibían sus tripulantes era que la gigantesca esfera que flotaba en el espacio se hinchaba por segundos, cobrando proporciones alarmantes. Un insignificante error en el cálculo de la trayectoria del cohete podía llevar a éste directamente a estrellarse contra el suelo.

En la primera pasada, Eduardo se contentó con mantenerse a más de un millar de kilómetros de la superficie de la Tierra. Pero aun a esta distancia, era una sensación escalofriante aquella de pasar como un meteoro junto al gigantesco globo.

Al pasar la tensión y conectar el objetivo de la cámara de televisión de popa, los astronautas vieron cómo la Tierra quedaba atrás pasando con vertiginosa rapidez de “Tierra llena” a cuarto menguante para estrecharse hasta formar una delgada raja, desaparecer y reaparecer en forma de una tajadita de melón por el lado contrario, en cuarto creciente.

A la vez, pasaban entre la Tierra y la Luna, y el fiel satélite del mundo les presentaba alternativamente su cara iluminada o su lado sólo iluminado a medias en un rápido cambio de fases.

El cohete completó su eclipse y volvió sobre la Tierra. Esta vez, los astronautas sintieron un ligero y blando choque, que hizo subir instantáneamente la temperatura del casco del cohete. Era que acababan de pasar rozando las más altas capas de la atmósfera. Esta vez, el efecto fue más aterrador que la primera. Si bien se encontraban todavía a considerable altura, les parecía que habían pasado “a un pelo” de la superficie del planeta.

En sucesivas eclipses, el cohete iba perdiendo velocidad y acercándose más y más a la superficie de la Tierra. Durante horas y horas, Eduardo Acero permaneció aferrado a los mandos, con los nervios próximos a estallar.

—¿No podrías descansar un poco antes de aterrizar? —insinuó Viola cariñosamente.

Eduardo decidió que estaba muy necesitado de descanso. En la última vuelta el cohete quedó preso de la fuerza de gravedad de la

Tierra y comenzó a dar vueltas en torno a ésta como un satélite artificial.

—Ahora sí —suspiró Eduardo aflojando los músculos y dejando caer desmayadamente los brazos—. Ahora podemos descansar.

Durmieron en la misma cámara de derrota, sobre los sillones extensibles. Viola despertó primero y estuvo dos horas seguidas contemplando el maravilloso paisaje que se deslizaba bajo sus pies. A través del cristal azul, especialmente fabricado para impedir el paso de las radiaciones ultravioleta del espacio, los continentes de la Tierra aparecían de un color morado. Viola supuso que se debía al cristal.

Cuando Eduardo despertó echó una mirada a los continentes y los mares que desfilaban lentamente bajo sus pies y volvió a empuñar los mandos.

—Ahora va de veras —aseguró.

Puso en marcha los reactores delanteros. Éstos frenaron el impulso que mantenía a la aeronave a aquella altura con los motores parados y el cohete empezó a caer hacia tierra. Eduardo alzó la proa de la aeronave y paró los reactores de proa, poniendo en marcha los de popa. En el último momento, mientras caían hacia tierra, temió algún accidente y abrió automáticamente todas las puertas de los diversos compartimientos estancos.

Caían a una velocidad que a ellos les parecía aterradora. No podían ver el suelo, porque los gases que salían con terrible fuerza de la gran tobera de popa cubrían el objetivo de la cámara televisora. Pero sus instrumentos les indicaban con toda exactitud la altura a que se encontraban.

Eduardo empezó a leer el indicador:

—¡Quinientos kilómetros!... ¡Cuatrocientos!... ¡Trescientos!... ¡Doscientos!... ¡Cien!... ¡Cincuenta!... ¡Agárrate fuerte, Viola...! ¡Ahora!

CAPÍTULO III

LLEGADA A LA TIERRA

En un terrible estrépito, el golpe que el equilibrio de los pasajeros vino a ser tan violento como el que hubieran sufrido de haberse caído desde la terraza de un edificio de veinte pisos, solamente que bastante más amortiguado. La máquina rebotó contra el suelo entre horrible entrechocar de hierros, rodó sobre sí misma y quedó inmóvil.

En la cabina, algunos sillones y objetos arrancados de sus alojamientos habituales por el choque, rodaron en tremenda confusión con los dos jóvenes astronautas. Ed quedó dolorido y atontado entre un montón de cojines y aparatos desprendidos de la pared opuesta de la cabina, que ahora formaba el techo.

Al mirar en torno, asombrado de estar aún con vida, vio a Viola sepultada bajo un montón de diversos objetos. Eduardo se puso trabajosamente en pie apartando a golpes los objetos que sobre él tenía y avanzó tambaleándose hacia la joven. La idea de que la muchacha hubiera muerto le empavoreció mientras apartaba a un lado y a otro los chismes que cubrían a Viola. Sería trágicamente amargo que, después de haber sobrevivido a tan tremenda aventura, sólo uno de los dos llegara con vida a la superficie de la patria de sus padres.

La pálida faz de la muchacha estaba llena de sangre cuando Ed la descubrió. Aquella sangre procedía de un arañazo que la joven tenía sobre una ceja. Arrodiándose junto a su compañera, Ed la tomó en brazos y la sacudió llamándola a gritos:

—¡Viola! ¡Viola... hálame, por Dios...!

Los sedños párpados de la joven temblaron y, finalmente, se alzaron dejando ver las hermosas pupilas azules. La mirada de la muchacha era todavía borrosa, como la de un ser que acababa de salir de un sueño.

—¿Estás herida? ¿Te duele algo? —interrogó Eduardo solícito acariciándole la frente y tomándole una mano entre las suyas.

—No... Creo que no. Solamente me siento dolorida.

La muchacha se puso en pie con auxilio de su amigo.

—Gracias a Dios —suspiró Eduardo—. Temí que hubieras muerto, muchacha. El porrazo no ha sido pequeño. Mira, hemos caído de costado. Los pisos son ahora paredes.

—Supongo que el cohete habrá quedado completamente destrozado —murmuró Viola restañándose la sangre de la frente con un pañuelo.

Eduardo miró en torno.

—Si no completamente destrozado, al menos sí lo bastante deteriorado para que no vuelva a elevarse jamás —dijo.

—Bueno, eso no importa. De todas formas, estaba condenado a no volar nunca más, ¿verdad?

—No. Ha cumplido ya su misión y estamos sanos y salvos sobre la Tierra. ¿No es maravilloso? Ven. Vamos a echar un vistazo afuera.

Andando sobre lo que antes fuera una pared de la cabina, tropezando aquí y allá con la multitud de objetos, piezas y aparatos caídos desde la pared opuesta y el piso, los jóvenes se acercaron a uno de los redondos portillos y echaron una mirada afuera.

Se vieron entre unas ásperas colinas tapizadas de una hierba rara y pintada de un fantástico color morado. Los retorcidos y delgados arbustos que crecían aquí y allá eran también morados y adoptaban formas que los jóvenes astronautas no recordaban haber visto nunca en las láminas de los libros de botánica de la biblioteca de a bordo.

Aquella extraña vegetación estaba marchita y quemada por los ardientes gases expelidos por el cohete mientras aterrizaba. Los gigantescos depósitos de agua del cohete debieron abrirse al choque, pues se veía correr por entre los hierbajos múltiples arroyuelos que surgían de bajo la aeronave interestelar.

—¡Mira, Ed! —señaló Viola a través de los cristales azules del

portillo—. ¡Las plantas y la hierba son aquí de color morado! ¿Estás seguro de que este mundo es la Tierra? ¿No nos habremos equivocado?

Eduardo Acero contempló ceñudo cuanto se abarcaba desde aquella ventana. Aparte la extraña coloración de las plantas, el cielo era azul, las nubes blancas y algodonosas y el Sol que lo alumbraba todo, amarillo y eufórico.

—No —repuso—. No podemos habernos equivocado.

—Entonces... ¿cómo explicas que las plantas sean aquí moradas en vez de color verde? ¿Crees que ese color lo da el cristal de este portillo?

—No. No es el cristal de la ventana quien da ese extraño color a las plantas. La vegetación de la Tierra es ahora color violeta. No comprendo en razón de qué fenómeno pudo realizarse esta metamorfosis, pero de todas formas la cosa no es tan extraordinaria. También hay clorofila morada.

Permanecieron pensativos y silenciosos durante unos momentos, mirando a través de los cristales hacia el reducido y fantástico paisaje. Ninguna señal de vida se veía en cuanto abarcaba la vista. Los grandes depósitos del cohete seguían vaciándose y el agua formaba arroyuelos colina abajo.

—Bueno —murmuró Ed—. No vamos a estar parados aquí toda la vida. Saltemos a tierra.

Ed celebró ahora haber tomado la precaución de abrir las compuertas de las distintas cabinas antes de que el cohete entrara en contacto con el suelo. Porque en la posición que había quedado la astronave, las escotillas eran difícilmente accesibles y los resortes eléctricos que las abrían no funcionaban.

Trepando por el piso que era ahora pared, apoyándose en las asas de cuero que en el espacio les sirvieran para mantenerse adheridos a la cubierta, los jóvenes ganaron la escotilla y pasaron por el angosto agujero a la cabina inmediata, que era la biblioteca. Allí, la mayor parte de los libros habíanse salido de sus estantes y formaban una confusa montaña. De la biblioteca, los astronautas pasaron al compartimiento de los camarotes y de éste al almacén de las provisiones. Inmediatamente debajo de éste, es decir, al otro lado en la actual posición del cohete, estaba el almacén de trebejos, armas y demás equipo acumulado allí por el profesor Marlow en

previsión a la llegada a un mundo completamente nuevo, tosco y primitivo.

La confusión reinante en este compartimiento era tremenda. Porque algunas cajas de herramientas, habiendo roto los flejes de acero que las mantenían unidas a las paredes, habían caído al fondo de la cabina, desparramando su heterogéneo contenido. Eduardo revolvió entre el diverso material en busca de fusiles ametralladores y munición.

—¿Pero vamos a ir armados? —preguntó Viola.

—Nadie sabe lo que vamos a encontrar ahí fuera. Mi abuelo predijo que después de este viaje, los que volviéramos a la Tierra encontraríamos un mundo vuelto a una edad primitiva. Pero esto no es seguro. También podía ser que la humanidad continuara su ciclo y nos encontráramos, no una civilización rústica y primitiva, sino una humanidad supercivilizada.

—Bien. Pero si fuera como tú dices, de poco iban a valernos estos fusiles frente a las prodigiosas armas que, sin duda, poseerán los individuos de una civilización superadelantada.

Ed contestó con un gruñido, tendió una de las ametralladoras a su compañera y, quedándose con otra, se encaminó hacia la puerta de salida. Ésta era la única que no abrieron antes de aterrizar y continuaba firmemente encajada en su quicio.

—Oye, Ed —sugirió Viola—. ¿No sería conveniente analizar el aire antes de salir? Pudiera muy bien estar envenenado... o simplemente, no contener oxígeno.

Ed se alzó de hombros y sonrió.

—¿Para qué? —repuso—. Sea bueno o malo el aire, no disponemos de otro para respirar. Pero creo que es bueno. Vamos allá.

Haciendo girar un volante, después de haber soltado los seguros de los pasadores, Ed descorrió los cerrojos e hizo que la pesada compuerta se abriera hacia adentro. Un amarillo rayo de sol entró por la abertura haciéndoles parpadear. Con el sol, una ráfaga de aire húmedo y caliente entró en la cabina.

—Me parece que la atmósfera de la Tierra continúa siendo respirable —observó Eduardo sonriendo—. Puesto seguimos con vida, debemos entender que no existe el menor peligro. ¡Adelante!

En la posición que quedara el cohete, después de su violenta

caída, las escotillas de acceso quedaban cerca del suelo. Ed fue el primero en introducirse por el agujero y saltar sobre los charcos de agua que el contenido de los depósitos de la aeronave había formado en torno.

En el momento de posar sus pies sobre la Tierra y respirar a pleno pulmón aquel aire puro, húmedo y vivificante, Eduardo Acero sentía que el corazón le golpeaba emocionado dentro del pecho. Soñó tantas veces en este momento que nada de cuanto estaba haciendo le parecía nuevo o extraño. Tal vez lo único que no se ajustaba a las imágenes de sus sueños fuera la fantástica coloración morada de las plantas y la forma de los arbustos que veía a su alrededor. Pero el cielo era el mismo que él imaginara y los rayos del sol que acariciaban su piel los sentía penetrar a través de la carne en un cosquilleo dulce y singularmente agradable.

Detrás de Ed, Viola Housman saltó al suelo y miró en torno con pupilas agrandadas por el asombro.

—¿No estaremos soñando, Ed? —murmuró con voz enronquecida por la emoción—. ¿Estamos verdaderamente en la Tierra o es pura ilusión?

—Estamos en la Tierra, querida, de eso no puede cabernos ya ninguna duda. Vamos a trepar sobre aquella colina para ver qué hay al otro lado.

Asidos de la mano, los dos jóvenes echaron a andar por la ladera de una árida colina, entre cuyas rocas crecían matojos de hierbas y retorcidos arbustos color morado. Era esta la primera vez que sus organismos, nacidos a la vida a bordo de una aeronave que surcaba el espacio fuera de la zona gravitatoria de un planeta, estaban sometidos a la fuerza de gravedad de un planeta. Eduardo comprendió que el golpeteo de su corazón no se debía únicamente a la alegría de este trascendental momento, sino a que su corazón, acostumbrado a impulsar la sangre por las venas con mucho menor esfuerzo, trabajaba ahora en condiciones para las cuales estaba físicamente constituido, pero desentrenado.

Viola Housman también sentía los extraordinarios efectos de la súbita llegada a una tierra que parecía tirar de ellos hacia abajo.

—Me pesan las piernas... Siento que me estoy mareando... el corazón parece que me vaya a saltar del pecho —jadeó deteniéndose a mitad de la ladera.

—Es debido a la fuerza de gravedad, que tira de nosotros y de nuestra sangre hacia abajo. Nuestros corazones no estaban acostumbrados y padecen un poco con la innovación. Pero no te preocupes. Nuestros corazones son terrestres. Están hechos para vivir aquí y saldrán adelante en cuanto se acostumbren.

—¡Oh, Ed! —exclamó la joven—. Me siento muy mal.

—Descansemos. Puesto que hemos esperado tantos años que llegara este momento, no importa que tardemos unos minutos más en ver lo que hay detrás de esa colina. ¿Quieres quedarte aquí?

—Iré contigo.

Descansaron un momento y luego continuaron la marcha. Andaban despacio, deteniéndose de vez en cuando para descansar. Ed sentía en sus pulmones un nuevo y extraño cosquilleo. Al parecer, y en oposición a la víscera cardiaca que sufría de esta brusca llegada al planeta, se ensanchaban al respirar el aire para el cual les constituyó la Naturaleza.

Haciendo frecuentes altos llegaron finalmente a lo más alto de la colina. Desde allí la vista tendíase sobre una dilatada llanura ondulada, atravesada de derecha a izquierda por un bosque muy espeso, también color morado. Hacia la izquierda veíase muy lejos el centellear de la plateada cinta de un río, en algunos trechos, entre el espeso bosque. Desde el punto en que se encontraban los astronautas hasta la línea de morado más oscuro situada a unos tres kilómetros de distancia, el terreno formaba una pradera de altas hierbas color violeta, que intermitentes ráfagas de viento hacían ondular formando un oleaje vegetal.

La llanura se prolongaba hasta el horizonte sin que una sola montaña rompiera su grandiosa monotonía. Y en todo cuanto alcanzaba la vista, en el cielo y en la tierra, no se agitaba la menor muestra de vida animal. El silencio era tan profundo que pesaba sobre los dos asombrados astronautas como una losa de plomo.

—¿Dónde calculas tú que debemos encontrarnos, Ed? —preguntó Viola dejándose caer en el suelo.

—Podremos averiguarlo fácilmente con un sextante y un mapa —repuso Eduardo distraídamente.

—Este paisaje me recuerda a alguno de los que he visto descritos en los libros de a bordo. Se parece al “far-west” norteamericano, ¿no es cierto?

Eduardo no contestó. Entre el oleaje de la hierba acababa de descubrir un movimiento inusitado, no demasiado lejos de allí. Pero el movimiento no era el de ninguna especie animal. Lo que Ed veía eran los brazos de unas plantas sarmentosas movidas por el viento... ¿Por el viento? Eduardo miró con más atención, entornando los párpados y haciendo visera con una mano sobre la frente.

—Viola —llamó. Y tendiendo el brazo, añadió—: Mira. ¿No ves tú aquella línea de plantas sarmentosas más allá de donde empieza la colina?

Viola púsose en pie y protegiendo los ojos con la mano miró en la dirección que señalaba Eduardo.

—¡Ed! —gritó—. ¡Esas plantas están moviéndose hacia aquí!

Era exactamente lo mismo que Eduardo Acero había creído ver, solamente que le resultaba difícil de imaginar que unas plantas pudieran moverse. Sin embargo, el fenómeno era tan evidente que por fuerza había de creerse en él. Sí. Aquellas plantas sarmentosas avanzaban hacia la colina formando una ondulante línea de unos 500 metros de longitud. Y avanzaban con extraordinaria rapidez.

—Ed... —susurró Viola asiéndose del brazo de su compañero—. Tengo miedo.

A pesar de los ardientes rayos de sol que caían sobre él, también Eduardo sentía su piel bañada en sudor frío. No sentía aún miedo, pero el fenómeno le llenaba de inquietud. Si el viejo profesor Marlow había acertado en su teoría, el mundo que ellos encontraran después de un viaje de 5.000 años por el espacio debería ser bastante diferente de aquél que describían los libros de la biblioteca del cohete. A lo largo de cinco milenios podían haber ocurrido infinidad de cosas, no necesariamente las que el profesor Marlow calculaba.

Aquellas plantas se movían hacia la colina y su carrera silenciosa era especialmente siniestra.

—Vamos, Ed —susurró Viola apretando la mano de su compañero—. Todo esto es muy extraño...

—Espera un momento —repuso Ed—. Quiero ver eso de cerca.

Permanecieron erguidos y silenciosos sobre la colina mientras la oscura línea de los extraños seres alcanzaba la falda y empezaba a trepar en dirección a ellos.

Pronto pudieron ver a simple vista las formas de los extraordinarios seres. Sus figuras no se parecían ni remotamente a las humanas. Consistían en una especie de masa central muy rugosa, de la que salían en todas direcciones muchas y entrecruzadas ramas. Estas ramas se movían rápida e inteligentemente como patas. En general, podía comparárseles a una célula nerviosa humana, solamente que eran de un tamaño superior al hombre.

Los monstruos, que por su color morado se confundían con facilidad con los hierbajos y los matorrales del monte, estaban solamente a doscientos metros de distancia cuando Viola tiró del brazo de su amigo e insinuó la conveniencia de retirarse hacia el cohete.

—Vamos, Ed... Vamos de aquí. Tengo muchísimo miedo.

—Ve bajando tú hacia el cohete —repuso Eduardo—. Te alcanzaré dentro de un instante.

Viola no se hizo repetir el consejo. Echó a correr ladera abajo, dejando solo a Eduardo. El joven empuñó el fusil ametrallador y siguió con el ceño fruncido el rápido avance de los monstruosos seres. Éstos estaban a sólo 100 metros de distancia cuando Eduardo empuñó con más fuerza el fusil y lanzó un grito:

—¡Alto...! ¡Alto o disparo!

Naturalmente, no esperaba verse obedecido. Fuera cual fuere la naturaleza de estos seres, saltaba a la vista que no podían entender y quizá ni siquiera oír las palabras del humano. La ondulante línea morada continuó trepando. Eduardo advirtió entonces que sobre lo que podía llamarse cuerpo salía una especie de cuello que se abría en su extremo como los pétalos de una flor labiada. Por encima de los tremulantes sarmientos alzábanse cuatro ramas rematadas por otros tantos bulbos que oscilaban con la marcha de las bestias.

Eduardo Acero se echó el fusil a la cara, apuntó hacia la línea de monstruos y apretó el gatillo, lanzando una larga ráfaga que recorrió de derecha a izquierda a la vanguardia de los fantásticos seres.

Hubo un ligero movimiento entre los monstruos. Éstos se detuvieron un instante, aunque entre ellos no se advertía ninguna baja, y luego continuaron avanzando rápidamente moviendo con singular destreza sus sarmentosas patas.

La ametralladora volvió a tabletear arrojando un chorro de plomo sobre los extraordinarios seres. Pero éstos continuaron avanzando imperturbablemente.

Eduardo consideró que había llegado el momento de batirse en retirada. Mirando por última vez a los monstruos, giró sobre sus talones y echó a correr ladera abajo en seguimiento de Viola, que le llevaba considerable ventaja.

El corazón del joven golpeaba con fuerza durante la carrera. Sólo se detuvo una vez para mirar atrás y comprobar que las plantas, o al menos lo que esto parecía, habían llegado a la cima de la colina y le seguían ladera abajo. Eduardo prosiguió su carrera y llegó al cohete. Viola le esperaba allí con la hermosa faz pálida y desencajada.

—¿Qué son, Ed? —preguntó con voz ronca.

—Todavía no lo sé. Desde luego, no son seres humanos... tal vez ni siquiera pertenecen al reino animal. He disparado sobre ellos sin ningún efecto visible... Tal vez se trate de plantas auténticas, en cuyo caso es fácil de comprender que una bala ni diez les ocasionasen daño alguno.

—¡Pero... Ed! —exclamó Viola abriendo los ojos de par en par—. ¿Cuándo se ha visto que las plantas troten de un lado a otro y se comporten como animales... o personas?

Eduardo volvióse hacia la chusma vegetal que descendía en alud por la colina esgrimiendo en el aire, además de sus esqueléticos brazos, hachas y sables de gran tamaño.

—Creo que lo estamos viendo ahora, Viola —murmuró lúgubrementes. Y asiéndola de la cintura la levantó hasta la escotilla de acceso gritando—: ¡Arriba, no hay tiempo que perder!

Viola desapareció por el agujero. Ed echó dentro las ametralladoras, se colgó de un salto del borde de la escotilla y, alzándose a pulso y ayudándose con las rodillas, se introdujo ágilmente en el cohete. ¡Junto a él, a derecha e izquierda, rebotaban ruidosamente un puñado de espadas curvas y grandes y pesadas hachas!

—¡Pronto... la puerta!

Los dos sideronautas unieron sus fuerzas para empujar la sólida trapa metálica haciendo que girara sobre sus goznes. Antes que encajara en el quicio cerrando herméticamente, un sable curvo

entró silbando y atravesó el compartimiento, yendo a estrellarse contra la pared de enfrente. La puerta se cerró segundos más tarde con un suave y confortante chasquido.

CAPÍTULO IV

HOMBRES PLANTAS

Nunca los sables brochaban ya las hachas de los extraños enemigos producían un tableteo continuo y metálico al golpear en las superficies de la aeronave.

—Dios mío, Ed. Esto es horrible. ¿Dónde hemos venido a caer?

Eduardo no contestó. Cruzando el compartimiento sobre los montones de herramientas y trebejos salidos de sus cajas, fue hasta donde cayó el sable y lo levantó. Era un arma grande, pesada y extraordinariamente afilada. Viola siguió a su amigo y examinó también el sable llena de curiosidad.

—Acero —dijo Eduardo. Y pasando suavemente la yema de un dedo sobre el filo, añadió—: Hubiera podido partírnos en dos si llega a alcanzarnos con la fuerza que iba lanzado.

Permanecieron un momento silenciosos mientras retumbaban en el interior de la aeronave los tremendos golpes que la chusma amoratada descargaba contra el casco.

—¡Dios mío! —gimió Viola—. ¿Crees que conseguirán entrar aquí y cogernos, Ed?

—No seas tonta, muchacha. No temas, los sables y hachas de esos bichos nada pueden contra el casco del cohete, por muy afilados que estén. Ven, vamos a echarles una mirada por la ventana.

El único compartimiento de a bordo que disponía de portillos, además de los camarotes, era la cámara de derrota. Los dos sideronautas se encaminaron hacia allí desandando el camino que hicieran antes para desembarcar. Eduardo se acercó al portillo y

echó una mirada afuera a través de los cristales azules.

Vio que los fantásticos seres habíanse reunido en torno al cohete y se agitaban semejando a un bosque de lechosas y retorcidas ramas. Eduardo calculó por encima que no habría menos de unos 250 de aquellos monstruos dando vueltas en torno al cohete y golpeándolo con sus hachas y sus sables. Viola se acercó también para mirar.

—Esos bichos tienen manos y poseen alguna inteligencia —observó Eduardo.

—No les veo manos.

—No son manos como las nuestras. Simplemente, se valen de las pequeñas raicillas de sus brazos para agarrar las cosas. ¿No ves cómo sujetan sus armas?

Viola miró con ojos desorbitados de pavor a la agitada chusma que daba incesantes vueltas en torno al cohete.

—¿Nos verán como nosotros les vemos a ellos? —preguntó la muchacha.

—Sin duda. Observa que todos tienen cuatro de esos tallos rematados por sendos bulbos. Creo que eso son sus ojos.

—¡Estos seres son horripilantes! ¿Continúas creyendo que se trata de plantas?

—Sí —repuso Eduardo—. Continúo creyendo que son plantas.

—¿Pero cómo es posible? Si este es el planeta Tierra, ¿cómo se explica que haya surgido aquí esta especie de plantas vivientes que no se conocían cuando nuestros padres emprendieron el viaje?

Eduardo Acero espió atentamente los movimientos de los monstruos antes de contestar:

—Sólo Dios sabe las cosas que pueden haber ocurrido en este mundo a lo largo de cinco mil años. El reino vegetal del que hablan nuestros libros es, sin excepción, de color verde. Las plantas que estamos viendo, sin embargo, son de color morado. Existe clorofila morada en otros planetas distintos de la Tierra, pero la vegetación verde de la Tierra no puede haber cambiado su clorofila, a menos que sea a causa de un fenómeno que revolucionó toda la estructura vegetal de nuestro mundo.

Esta vez fue Viola quien quedó silenciosa y pensativa unos minutos antes de preguntar.

—Ed, ¿será posible que la Tierra haya sufrido un cambio tan

profundo que no existan en ella seres humanos como nosotros?

—Resulta difícil de creer... aunque, desde luego, no es imposible. Tal vez la catástrofe que cambió el color de la clorofila de nuestro mundo aniquiló también al último hombre. En tal caso, tú y yo seríamos los únicos supervivientes en un mundo distinto a aquel en que vivieron nuestros abuelos.

—¡Pero eso es horrible, Eduardo! —exclamó la muchacha estremeciéndose—. ¿Qué haríamos tú y yo, en un mundo hostil lleno de hombres-plantas?

—No lo sé, Viola. Creo, sin embargo, que podremos sobrevivir. Aunque escasos, tenemos medios para vivir en este mundo extraño.

—¿Con todos estos monstruos a nuestro alrededor? Tú mismo has dicho que son invulnerables a las balas. ¿Cómo podremos defendernos de ellos?

—Bueno —farfulló Eduardo—. Aparte de las balas tenemos otras armas de resultados, sin duda, más efectivos. Yo creo que si arrojamos entre esa chusma un puñado de bombas de mano no saldrán tan bien librados como con las balas. Vamos a probarlo.

Y diciendo y haciendo, Eduardo Acero se retiró del ventano, ganó la escotilla y pasó a través de la biblioteca y los camarotes hasta el almacén de armas y herramientas. Viola le siguió y le ayudó a buscar una caja de granadas de mano entre el confuso desorden allí reinante. Eduardo acercó la caja a la escotilla de acceso, levantó la tapa con un martillo y se dispuso a abrir la puerta.

—Cuidado, Ed —recomendó Viola—. No vaya a entrar alguno de esos bichos apenas abramos la puerta.

—Abre tú y yo estaré apercebido para lanzar las bombas —repuso Eduardo.

Viola empuñó el volante y lo hizo girar. Mientras la pesada puerta se abría. Eduardo tomó una granada en cada mano, mordió la lengüeta y las arrancó con los dientes.

—¡Adelante!

La puerta se abrió un par de palmos. Que los extraños seres que les tenían cercados veían, era evidente. Apenas la puerta se hubo abierto un poco, la hoja de uno de aquellos largos y curvos sables se introdujo asido por una rama morada llena de raicillas y blandió a derecha e izquierda buscando donde herir. Luego fue uno de

aquellos bulbos situados al extremo de los tallos quien se introdujo por la abertura examinando el interior de la aeronave.

—¡Basta... no abras más!

Eduardo lanzó las dos bombas por la abertura y se retiró junto con Viola. Sonaron al punto dos formidables explosiones que sacudieron ligeramente al cohete. Una nube de humo entró por la rendija y llenó el almacén. El brazo morado desapareció dejando dentro el sable. Ed tomó otras dos bombas, les quitó los seguros y ordenó a Viola que abriera completamente.

La compuerta giró y Eduardo asomóse. Vio que el enemigo se retiraba a unos veinte pasos de distancia, dejando junto al cohete los destrozados cuerpos de una docena de monstruos. Desde el interior del cohete, Eduardo arrojó las bombas una tras otra contra la chusma morada. Sonaron dos fragorosas explosiones. Dos llamaradas se abrieron entre la fila de hombres-sarmiento y entre las llamas se vieron volar a gran altura troncos y ramas desgajadas. Inmediatamente el enemigo se retiró hacia la colina.

Eduardo, examinó los efectos de las granadas.

—¡Hum! —murmuró—. Estas cosas no me gustan nada.

—¿Qué es lo que no te gusta nada? —inquirió Viola—. Hemos conseguido hacerles huir, ¿no?

—Sí, han huido. Eso significa que estas bestias tienen suficiente inteligencia como para distinguir entre la vida y la muerte, la seguridad y el peligro. Un sentido de observación tan desarrollado no esperaba verlo yo en unas simples plantas.

—Tal vez no sean plantas —recordó Viola.

—Bueno... Eso vamos a averiguarlo en seguida. Voy a bajar para recoger los pedazos de esos bichos y examinarlos al microscopio.

La pálida faz de Viola tomó un tinte amarillento.

—¡No hagas eso, Ed! No seas loco. Al fin y al cabo, ¿qué importa que sean animales o plantas?

—Importa mucho. No temas, también mi instinto de conservación está muy desarrollado.

Viola conocía demasiado bien el carácter de su compañero para insistir. Antes de saltar, Ed miró hacia el enemigo. Los hombres-sarmiento habíanse alejado a más de cien metros de distancia y desde allí espían los movimientos del hombre humano, sin dejar de agitar sus ramas.

Eduardo saltó ágilmente. Alrededor de la puerta se veía gran número de ramas, tallos y algunas de aquellas flores labiadas que tan poderosamente llamaran la atención del joven. Estos miembros, para asombro de Eduardo, se movían como sanguijuelas en el suelo. El joven les observó un momento antes de tocarlos. Aquellas ramas dotadas de vida no podían hacerle ningún daño. Al asirlas se retorcieron entre sus manos y se arrollaron a sus muñecas, mas sin fuerza apenas.

Eduardo empezó a lanzar las ramas y los tallos dentro del cohete. La chusma amoratada pareció cobrar valor y se puso en movimiento hacia el cohete. Desde la nave, Viola apresuró a su amigo con voces y gritos. Eduardo saltó y trepó hasta lugar seguro.

—¡Ya puedes cerrar la puerta!

Viola no se hizo repetir la orden. Cerró apresuradamente y no olvidó echar el seguro de los pasadores. Luego volvióse llena de curiosidad y repugnancia hacia los sarmentosos miembros que Ed tenía entre las manos.

—Pues en verdad, que parecen de madera —observó intranquila.

—Creo que son de madera —afirmó Eduardo. Y haciendo un haz con las ramas y tallos pasó con todo hasta la cámara de la biblioteca, donde estaba también el reducido laboratorio que fue del profesor Marlow.

El vuelco del cohete había destrozado muchos tubos de ensayo y revuelto el resto del equipo. Pero entre la confusión, Eduardo pudo encontrar sin dificultad un microscopio.

Viola Housman, a respetable distancia de aquellas repulsivas ramas, observó a Eduardo mientras éste trabajaba sobre una mesa que había puesto en pie. Por espacio de un largo rato, el joven examinó su botín haciendo frecuentes muecas. Finalmente alzó los ojos y los clavó llenos de gravedad en los interrogantes de su camarada.

—Son plantas, no cabe duda —dijo con voz sombría—. Plantas liberadas de la tierra... plantas dotadas de movimiento... de inteligencia... y del don de ver por medio de estos bulbos que, tal y como sospechaba, no son otra cosa que ojos.

—¡Hombres plantas! —murmuró Viola estremeciéndose—. ¡Parece imposible!

—Pues no lo es —farfulló Eduardo mirando con el ceño fruncido

a los fragmentos de los monstruos—. Y por añadidura, no son unas plantas cualquiera, sino plantas radioactivas.

—¿Qué quiere decir eso de que son plantas radioactivas? —interrogó Viola sobresaltada.

—Quiere decir que estas plantas toman las radiaciones radiactivas y construyen con ellas su organismo. No son comestibles para nosotros.

—Bueno; de todas formas, no íbamos a comernos esos horribles bichos.

Los labios de Eduardo Acero se plegaron en una irónica sonrisa.

—Parece que no te das cuenta de lo que quiero decir, Viola. Si estos hombres-plantas son radiactivos, existen novecientas noventa y nueve probabilidades contra una de que todo el reino vegetal de este mundo sea también radiactivo.

—¿Quieres decir que ni una sola planta de la Tierra puede ser ingerida por nosotros?

—Sí. Eso es lo que he querido decir —afirmó Eduardo lúgubrementes.

—Entonces... si en la Tierra de hoy no existen animales... ¿De qué vamos a alimentarnos cuando se nos agoten las provisiones?

—En eso mismo estaba pensando —murmuró Eduardo—. Aun si hubiera animales en la Tierra actual, esas bestias no serían comestibles por nosotros. Recuerda que todos los animales se alimentan directa o indirectamente de las plantas. Son las plantas quienes por el proceso llamado fotosíntesis almacenan en sus células las energías tomadas del sol y las transfieren a los animales, cuando éstos las ingieren. Incluso los carnívoros dependen del reino vegetal, ya que si no se alimentan directamente de hierbas, devoran en cambio otros animales que son herbívoros.

—¿Y no es posible que junto a esta vegetación radiactiva existan plantas como las que conocieron nuestros abuelos? —interrogó Viola.

—Es posible, aunque, desde luego, no vivirían mezcladas unas con otras. Pudiera ser que solamente la zona en que hemos venido a aterrizar poseyera una flora radiactiva. Durante las últimas guerras mundiales de que tenemos conocimiento, ya se observaron extrañas muestras de plantas radiactivas en aquellos lugares donde habían tenido lugar explosiones atómicas. Nos cabe la esperanza de que en

otras regiones la flora de la Tierra sea la misma que hemos estudiado en nuestros libros de Botánica. Ahora bien, falta saber dónde termina esta flora venenosa y empieza aquella que puede servirnos de alimento. Esto implica la necesidad de moverse y para moverse necesitamos de medios de locomoción.

Eduardo quedó silencioso y pensativo durante unos minutos bajo la inquisitiva mirada de su compañera.

—No poseemos ningún medio de locomoción —dijo al cabo—. Pero tenemos material y herramientas en abundancia. Con los restos del cohete, de sus motores y con la herramienta del almacén podríamos construir alguna máquina locomóvil... si esos malditos hombres-plantas nos lo permitieran.

—Las bombas de mano parece que no les gustaron nada —observó Viola.

—Sí. Pero ni nuestras reservas de bombas son ilimitadas ni podemos estar trabajando con una mano y lanzando granadas con la otra. Tal vez, si la electricidad dañara a esos monstruos, pudiéramos construir una cerca electrificada a nuestro alrededor que alimentaríamos con la electricidad de nuestra pila atómica. Entonces construiríamos una canoa.

—¿Y por qué una canoa? —interrogó Viola.

—Si el río que hemos divisado desde lo alto de la colina fuera navegable hasta el mar, lo más indicado sería una canoa. Una embarcación es mucho más fácil de construir que un automóvil, y un automóvil tendría un radio de acción muy limitado... a menos que encontráramos alguna red de carreteras... lo que no es probable. Esto quiere decir que nuestra tarea más inmediata consiste en averiguar el punto exacto donde nos encontramos ahora.

De común acuerdo decidieron dedicarse a este trabajo. Para ello tenían que vigilar la marcha del sol y deducir su máxima altura, o sea, el mediodía, observando la longitud de la sombra proyectada por un objeto cualquiera sobre el terreno. La tarea en sí no era complicada, pero requería mucha atención. Por lo pronto, el mediodía había pasado y el sol declinaba hacia el horizonte.

—Aguardaremos a mañana —dijo Eduardo—. De todas formas, estamos necesitando un descanso. Mañana, seguramente, nos encontraremos mejor dispuestos para hallar una solución.

Comieron frugalmente y se retiraron a sus respectivos

camarotes. Pero los hombres-planta volvieron a rodear el cohete y continuaron golpeándolo con sus armas, de tal forma, que era prácticamente imposible pegar los ojos en mitad de aquel estrépito.

Durante las horas de vigilia, Eduardo Acero maduró, en complicidad con la almohada, el único plan que podía salvarles de este atolladero. Desde luego, para sobrevivir era indispensable que existiera en la Tierra alguna zona donde la radiactividad no hubiera dado origen a una flora que era altamente venenosa para el hombre. Esta posibilidad torturó al joven hasta que se durmió, pese al estrépito que armaban los hombres-planta.

Despertó cuando ya el sol andaba muy alto por el horizonte. Inmediatamente se trasladó a la cámara de derrota para observar a los hombres-planta. Éstos habían aumentado considerablemente en número durante la noche y a la sazón no sólo el cohete estaba cercado por una chusma de inquietas bestias, sino que la colina inmediata parecía haberse poblado de todo un escuálido bosque durante las horas nocturnas.

Preguntábase el joven si aquellos seres estrafalarios poseerían algún medio de intercambiar sus pensamientos, cuando creyó observar en los movimientos de los miembros sarmentosos una especie de lenguaje por medio de señales.

Viola Housman le encontró muy entretenido en esta observación cuando fue a la cabina dos horas más tarde.

—¿Dormiste bien? —le preguntó Eduardo.

—Tardé mucho en dormirme a causa del ruido que armaban esos monstruos. Y luego tuve horribles pesadillas.

—He meditado acerca de cuanto hablamos ayer —dijo Eduardo—. Y he decidido que lo mejor será construir la canoa. Con un barco podemos llegar donde jamás llegaría un automóvil... incluso cruzar el océano, si fuera preciso. Temo que todo el continente en que nos hallamos pueda estar poblado de plantas radiactivas.

—¿Y si toda la Tierra estuviera invadida de estas plantas? —preguntó Viola.

—En tal caso, nuestra situación sería francamente desesperada. Mi abuelo tomó algunas medidas en previsión a que la humanidad que encontráramos a nuestro regreso fuera cerril e incivilizada. Pero nunca debió esperar que toda la Humanidad hubiera desaparecido, siendo reemplazada por lo que pudiera llamarse una Humanidad

vegetal. No pensó en llevar consigo algunas semillas que ahora hubieran sido nuestra salvación.

—Bien, pero careciendo de semillas... ¿qué podemos hacer, Ed? —preguntó la joven con temor.

—Todavía no lo sé, muchacha. De todas formas, y sea como sea, hemos de buscar la manera de sobrevivir. No te preocupes de eso ahora. Vamos a vigilar hasta que llegue el mediodía.

Durante algunas horas observaron atentamente la sombra que el cohete proyectaba sobre el suelo. Eduardo apercibió sus instrumentos de navegación y abrió una pequeña portilla, que era una salida de emergencia de la cámara de derrota. Desde allí, asomando solamente la cabeza, tomó la altura del sol con el sextante. Luego de hacer los cálculos pertinentes sobre un mapa, Eduardo llegó a la conclusión de que se encontraban en Venezuela, exactamente en la confluencia del río Apure con el Orinoco.

—Por algo me parecía a mí que este paisaje me era conocido —murmuró Viola.

—Dios es bueno. Nos ha deparado la fortuna de disponer de un río que es sobradamente navegable hasta el mar. Al menos lo era hace cinco mil años —dijo Eduardo.

—En tal caso, vamos a construir la canoa, ¿no es eso?

—Sí. Vamos a construirla, y todo lo aprisa que podamos. Nuestros alimentos no durarán siempre y tal vez tengamos que explorar medio mundo antes de encontrar un país donde no haya plantas radiactivas.

Lo primero que procedía hacer era retirar varios centenares de metros de cables eléctricos de los muchos kilómetros de éstos que llevaba la instalación del cohete. La tarea les ocupó durante toda la semana, y en todo este tiempo, los hombres-planta continuaron acampados alrededor del cohete, blandiendo amenazadores en el aire sus sarmentosos brazos armados de sables y grandes hachas.

CAPÍTULO V

CAMINO DE LA ESPERANZA

Para los técnicos que iban a hacerlos servir, como abrían las puertas y alimentaban las instalaciones de radar y calefacción, el cohete disponía de un generador atómico de electricidad, aparte de otro auxiliar más pequeño.

De la pila atómica más pequeña pensaba servirse Eduardo para impulsar el barco que iba a construir.

Cuando Eduardo conectó un cable a la ya reparada instalación y lo lanzó por la puerta al suelo, media docena de hombres-planta acudieron rápidamente a asirlo. El efecto fue instantáneo. El cable latigueó en el aire lanzando azules y vivísimas chispas que carbonizaron a los osados. El resto de la chusma se puso en fuga hacia la colina.

—¡Caramba! —exclamó Eduardo riendo—. Esto parece que no les ha gustado mucho.

Inmediatamente, los sideronatos repasaron el contenido del almacén, comprobando que tenían a su disposición todo un vasto repertorio de modernas herramientas, entre las que no faltaba un soldador eléctrico ni el soplete de oxiacetileno que cortaba planchas de acero de dos dedos de grosor como si fuera mantequilla.

Armado del soplete, Eduardo comenzó por arrancar de la estructura del cohete gran cantidad de viguetas que luego cortó en pedazos de dos metros de longitud. Colocando aisladores de cristal en las viguetas, éstas quedaron listas para ser empleadas como estacas en la futura valla eléctrica.

En lo tocante a armas, el extinto profesor Marlow había sido

mucho más previsor que en lo referente a la agricultura del mundo que él proponíase colonizar de nuevo. En su diario, el profesor se justificaba de la siguiente forma:

“No llevo a bordo esas armas con la idea de reproducirlas en una tierra donde la humanidad, a buen seguro, habrá vuelto a la incultura y salvajismo de las primeras edades del mundo. Nada más lejos de mi pensamiento que resucitar en el viejo planeta las querellas que le condujeron a su ruina. Si las cosas han sucedido allí como creo, activaré el progreso de la nueva civilización aportando al progreso de la nueva Humanidad la ayuda de las máquinas. Pero en el mundo que nosotros construyamos no habrá guerras. Los individuos de mi familia formarán un “clan” armado cuya misión consistirá en mantener la paz, si es preciso, con el peso de las armas, que solamente ellos poseerán.”

Casi todos los proyectos del profesor Marlow eran tan hermosos y descabellados como aquel de organizar una sociedad donde no habría más derramamiento de sangre que aquella que derramara el “clan” supercivilizado encargado de mantener la paz con la guerra.

El arsenal de a bordo era tan completo que incluía desde el fusil ametrallador al cañón de 20 milímetros, pasando por el lanzallamas y la bomba “napalm”. Para su primera salida, Eduardo se proveyó de un lanzallamas.

Ante la curiosa mirada de los hombres-planta, los sideronatos empezaron por lanzar a tierra como un centenar de estacas y buena cantidad de rollos de cable eléctrico. Eduardo entregó a Viola un rifle que lanzaba granadas “napalm”.

—Voy a bajar para plantar la primera estacada —dijo—. Si los hombres-planta me atacan me defenderé con el lanzallamas. Es posible que los monstruos intenten atacarme desde el otro lado del cohete. Por lo tanto, debes subir el techo y saludar con una que otra granada a aquellos que intenten aproximarse por el lado contrario.

Viola tomó el rifle y las granadas y marchó a ocupar su puesto. Eduardo saltó a tierra y miró hacia el enemigo. Los hombres-planta habíanse vuelto muy circunspectos y se mantenían a respetable distancia espiando hasta el menor movimiento de los terrícolas. Ed empezó a clavar estacas de manera que éstas formaban un hemicírculo que iba a apoyarse por un extremo a la proa y por el otro en la popa del cohete.

Llevaba plantadas la mitad de las estacas cuando los hombres-planta, animándose, se decidieron a avanzar en masa. Bajaron como un alud por la ladera de la colina, agitando en el aire sus brazos. Eduardo apercibió el lanzallamas y esperó.

Cuando empezaron a silbar a su alrededor sables y hachas Eduardo lanzó un chorro de fuego, a la vez que corría a lo largo de la alambrada. De esta forma el muchacho cubrió toda la línea de estacas con un telón de altas y rugientes llamas. Repitió la operación a la inversa y se detuvo a observar los efectos.

Un telón de llamas y de humo le ocultaba al enemigo. Cuando el humo empezó a disiparse y las llamas se extinguieron, el joven pudo ver al enemigo que corría colina arriba en precipitada fuga. Los hombres-planta, algunos de los cuales humeaban como teas, no se detuvieron hasta poner entre ellos y el lanzallamas la mole de la colina.

Satisfecho de esta victoria, Eduardo reanudó la tarea, tendiendo los hilos de cobre a lo largo de las estacadas. La tarea era larga y el sol picaba de firme. El sol habíase hundido ya en el horizonte cuando Eduardo dio por concluida la tarea. Regresó al cohete y llamó a Viola. La muchacha se retiró de su posición sin olvidar cerrar la escotilla de emergencia y fue a reunirse con Eduardo.

—Te oí disparar algunas veces —le dijo Eduardo.

—Esos bichos son la mar de obstinados. Luego que les pasó el susto del lanzallamas intentaron acercarse por el lado de babor. Disparé contra ellos y los puse en fuga cada vez que los tuve a tiro.

—Bueno —suspiró Eduardo—. La jornada ha sido dura, pero podemos sentirnos satisfechos. Todo el lado de estribor está protegido ahora por la cerca eléctrica. Mal lo van a pasar aquellos que intenten asaltarnos por ese lado. Mañana continuaremos el tendido de alambrada, encerrando el cohete en un círculo que luego ensancharemos progresivamente hacia el río.

—El río está muy lejos. ¿Cómo vamos a arrastrar nuestro barco hasta él? —interrogó Viola.

—He estado pensando en ello mientras clavaba estacas. No será menester que arrastremos nuestra lancha tanto trecho. Si no recuerdo mal, el Orinoco y el Apure se salen de madre todos los años inundando las tierras vecinas. Y a menos que el mundo haya sufrido un profundo cambio climatológico, también este año se

producirá la inundación. Si hemos concluido nuestra lancha para cuando se produzca la crecida, podremos ponerla a flote arrastrándola solamente hasta el pie de estas colinas.

—¡Caramba! —exclamó Viola con pupilas brillantes—. ¡Es una magnífica idea! ¿Cómo no se me ocurrió a mí antes? Sí. Todos los años, tras las grandes lluvias de invierno, los ríos bajan hinchados desde las cordilleras y por toda la pendiente de los llanos. El Orinoco no puede dar paso a tan enorme caudal y hace represa sobre el Apure; éste, a su vez, sobre sus afluentes. Y entonces, unos y otros se salen de madre y saltan a la llanura, convirtiendo las sabanas en una especie de mar interior, que en algunos puntos alcanza una anchura de doscientos kilómetros.

—¡Magnífica lección de geografía descriptiva! —sonrió Eduardo—. ¿Puedes recordar también en qué fecha principian las inundaciones?

—Podemos consultarlo en los libros. Pero si no me equivoco, la crecida se produce invariablemente el 15 de abril de cada año. En agosto las aguas empiezan a bajar tan pronto como el Orinoco puede darles salida hacia el mar. En noviembre hay otra pequeña crecida, que se llama “el creciente de los muertos”. Después las aguas bajan definitivamente, dejando lagunas que el calor del sol va evaporando lentamente.

Eduardo dirigió una mirada hacia el calendario perpetuo eléctrico de a bordo.

—Debemos andar por los comienzos de abril. Si fuera así, dentro de dos semanas el río empezará a crecer, acabando por desbordarse. No es fácil que las aguas lleguen hasta este punto. Tendremos que trabajar activamente para tener completamente terminada la lancha y en condiciones de zarpar antes que empiecen a retirarse las aguas en agosto.

—Tal vez al inundarse las tierras contiguas nos veamos libres de esa diabólica chusma vegetal —observó Viola.

—Esa es una idea que no se me había ocurrido a mí —sonrió Eduardo—. Hemos tenido suerte al venir a aterrizar en este punto.

Cuando se retiraron a sus respectivos camarotes, ambos iban muy animados. Eduardo tardó bastante en conciliar el sueño. Su imaginación se entretenía contemplando las más optimistas perspectivas. La Providencia parecía haberles tomado de su mano

llevándoles a tomar tierra en un país donde anualmente se producía una inundación que colaboraría eficazmente con los robinsones cósmicos.

Eduardo estaba seguro de que las aguas desbordadas llegarían hasta el mismo pie de la colina. Los hombres-planta tendrían que evacuar los alrededores y de aquellos que quedaran en la isla que formara se encargaba el joven. Los cazaría uno a uno hasta poder dedicarse en paz a la construcción de la lancha.

Pero en otra parte de sus esperanzas, Eduardo sentíase preocupado. Esperaba poder construir un barco lo suficientemente grande y sólido para cruzar el Atlántico hasta el continente africano o Europa, si fuera preciso. Pero ¿estarían los restantes continentes de la Tierra libres de esta fantástica flora radioactiva que poblaba Venezuela y tal vez todo el continente americano?

He aquí la cuestión. Si todo el mundo estuviera dominado por el reino vegetal radioactivo, ni un solo ser humano quedaría sobre la faz de la Tierra. Él y Viola tampoco tardarían en perecer.

Sin embargo, Eduardo no estaba dispuesto a permitir que el pesimismo y el desaliento destruyeran sus esperanzas. Al día siguiente sentíase lleno de confianza en el porvenir. Algunos hombres-planta habíanse acercado durante la noche a la cerca, cayendo en una trampa mortal. Desde el portillo de la cámara de derrota, Eduardo pudo ver algunos trechos de la cerca convertidos en setos vegetales. Los monstruos que tocaron los alambres quedaron adheridos a ellos completamente carbonizados.

Antes que Viola surgiera de su camarote, Eduardo echó pie a tierra y armado de un lanzallamas se dirigió hacia los lugares donde la cerca estaba cubierta de monstruos.

Rociándolos de fuego líquido, el joven redujo a negros tizones los cadáveres de sus enemigos. Desde la colina, la chusma morada espiaba. Sus repetidos fracasos parecían haber frenado su impetuosidad anterior. También su número era menor, lo que dio a Eduardo la esperanza de que al fin se marcharan dejándoles en paz.

Pero Eduardo se equivocó. Los monstruos, dando muestras de una tenacidad sobrehumana, continuaron merodeando por los alrededores y acercándose alguna que otra vez a la valla, mientras los sideronatos se dedicaban con ardor a construir su canoa.

Lo primero que hicieron los jóvenes fue habilitarse una grúa con

la que mover las pesadas materias que iban a entrar en la fabricación del barco. Soldando eléctricamente gran número de pequeñas viguetas, montando el armazón sobre una carretilla y proveyendo la máquina de un motor eléctrico, Eduardo tuvo lista la grúa en pocos días. Entonces comenzó formalmente la construcción del barco.

El soplete de oxiacetileno, diestramente manejado por Eduardo, cortaba planchas de metal del casco del cohete con la rapidez de unas tijeras. Viola, manejando la grúa móvil, levantaba las planchas y las transportaba hasta el punto donde había sido puesta la quilla.

En jornadas sucesivas, los jóvenes ensancharon la cerca electrificada, encerrando al cohete en un amplio círculo que le colocaba lejos del alcance máximo de las armas arrojadizas de sus enemigos. Luego alargaron la valla en dirección a la falda de la colina.

Veinte días después de haber comenzado la construcción del barco, el Apure comenzó a hincharse. Sus aguas, terrosas y alborotadas, asaltaron la llanura, avanzando lentamente hasta la altura donde los jóvenes sideronatos levantaban su barco. Tal y como supusieran, las aguas formaron de las colinas una isla de cinco kilómetros de longitud por dos o tres de anchura. En otros tiempos, el ganado de los venezolanos se refugiaba en estos bancos mientras duraba la inundación. Como un millar de criaturas vegetales quedaron encerradas con las criaturas humanas en aquella isla.

Eduardo dedicó algunas horas de cada jornada a la caza sistemática de los hombres-planta. Persiguiéndoles a todo lo largo y lo ancho de la isla, les daba caza con su rifle antitanque. Si los monstruos reaccionaban intentando cercarle, el joven les contenía con el ígneo chorro de su lanzallamas. Los hombres-planta, dando muestras de poseer alguna inteligencia, cobraron temor y respeto al hombre que, andando erguido sobre sólo dos patas, tenía el poder de mantenerles a distancia envolviéndose en círculos de llamas.

Con el transcurso de los días, los hombres-planta llegaron a ser tan raros en los alrededores que Eduardo tenía que alejarse mucho para encontrar alguno. Entonces Eduardo les dejó en paz y se dedicó exclusivamente a la construcción del barco.

La forma más rápida de construir un barco con los elementos de

que disponían consistía en utilizar los tanques de agua de la aeronave, que eran muy sólidos y ofrecían la ventaja de disponer de un barco prácticamente insumergible. Cada uno de estos depósitos tenía 26 metros de largo. Por el lado que se acoplaban al costillaje del cohete eran curvos.

La tarea más costosa consistió en cortar laboriosamente el costillaje y las planchas de la cosmonave para sacar los depósitos. Construyeron una grúa accionada por un cabrestante movido por un motor eléctrico, y para tirar de los depósitos vacíos y arrastrarlos fuera de la cosmonave utilizaron un ingenioso malacate. Uniendo los dos depósitos por medio de viguetas de acero con puntos de soldadura, armaron una embarcación tosca, pero segura. Levantaron una cubierta entre los dos depósitos, y en el espacio que quedaba entre estos ubicaron la pila atómica auxiliar, que alimentaba dos motores eléctricos, cada uno de los cuales tenía una hélice al extremo de un árbol.

Llegó el día de la botadura. Cubriendo de una gruesa película de grasa la rampa de acero que contorneaba la falda de la colina, Eduardo retiró las falcas y empujó a la nave hasta que ésta entró violentamente en el agua. La embarcación, por el impulso que llevaba, se metió aguas adentro hasta que, dando un fuerte tirón a los cables de acero con que Eduardo la había sujetado a tierra, se detuvo.

Los sideronatos miraron complacidos al buque durante un largo rato.

—Bueno —suspiró Eduardo—. Ya tenemos la parte más difícil. Ahora sólo nos falta equipar nuestro buque y traer desde el cohete aquello que creamos más indispensable.

Eduardo construyó en los días siguientes una carretilla eléctrica, una balsa, esta última sobre flotadores, que eran bidones vacíos y herméticamente cerrados.

Mientras Viola acarreaba herramientas y material, Eduardo instaló la cubierta, el mástil, las flechas y los cables de labor, gracias a los cuales pudo elevar las planchas de acero desde la balsa y concluir la cubierta. Sobre la cubierta instaló un quiosco, que era a la vez comedor y cámara de derrota. Dentro puso la rueda del timón, los mandos eléctricos de la pila atómica y una mesa fija al piso. Sobre el techo del quiosco, levantándose con las flechas y los

cabrestantes, instaló el cañón Oerlikon o “pom-pom” de ocho bocas. Completó la instalación colocando reflectores eléctricos en sitios estratégicos, puso dos sólidas escotillas arrancadas del cohete en los agujeros de entrada a la bodega y quiosco y anunció que el barco estaba completamente terminado.

—A la vista no es muy elegante —aseguró mientras lo contemplaba con orgullo—, pero es sólido y tan insubmergible como un submarino.

En la última semana de julio los sideronatos acarrearon desde el cohete al barco la totalidad de las provisiones, las herramientas, los instrumentos de navegación que incluían magníficas cartas geográficas, las armas y, en fin, cuanto consideraron que podría serles de utilidad en el futuro próximo o lejano.

A primeros de agosto estaban dispuestos para emprender la marcha. Fue entonces cuando decidieron dar cristiana sepultura a los restos de sus padres y del profesor Marlow. Eduardo había demorado esta operación a causa de la repugnancia que le causaba el tener que violar la puerta del camarote donde yacía el cadáver de su madre. Solamente se decidió a acometer la empresa cuando no hubo más remedio. Entonces, y haciendo un llamamiento a su valor, abrió la puerta del camarote y entró en la habitación.

El camarote estaba impregnado del característico olor de las tumbas. Sobre la litera yacía el esqueleto de la señora Acero. Profundamente impresionado, Eduardo envolvió los restos mortales de su madre en la podrida colchoneta y los sacó con rapidez afuera, donde Viola le esperaba junto a la fosa.

Eduardo echó dentro del hoyo los restos de su madre y trajo a continuación las arquetas de cristal donde estaban guardadas las cenizas del profesor Marlow, de Lola MacCormick, de Eduardo Acero padre y de Abe Housman. Las depositó en el fondo de la embarcación. Con las últimas luces del día, Viola Housman y Eduardo Acero oraron religiosamente sobre los restos de sus ascendientes. Luego se miraron el uno al otro.

—Vamos —murmuró Eduardo—. Se hace tarde.

Rápidamente cubrieron el esqueleto y las arquetas con tierra. Viola trajo la plancha de acero donde había grabado los nombres de los que allí yacían y luego echaron a andar hacia la canoa. Al llegar al recodo se detuvieron para echar una última mirada al cohete en

el que habían nacido y vivieron hasta hoy.

La gigantesca aeronave, mordida por el soplete, parecía el descuartizado cadáver de una ballena, mostrando a trechos su costillaje y sus entrañas. Viola Housman lloraba al despedirse de la máquina.

—Nunca lo volveremos a ver —murmuró.

—¿Quién sabe? —repuso Eduardo—. Tal vez algún día vengan a buscarlo nuestros descendientes, de la misma forma que las generaciones cristianas del siglo veinte buscaban el Arca de Noé. Nuestro cohete sobrevivirá al paso del tiempo y al azote de los elementos. Vamos. Está oscureciendo.

Asidos de la mano, los jóvenes volvieron la espalda al cohete y andaron junto a la rampa de acero hasta el lugar donde el barco mecía sobre las aguas. La balsa flotante les llevó hasta el barco.

Treparon a bordo. Eduardo se encaminó hacia la cámara de derrota, encendió las luces y puso en marcha el generador atómico de electricidad. Las cuatro hélices batieron el agua impulsando a la nave hacia adelante. En este momento, Viola Housman y Eduardo Acero presentían el comienzo de una aventura tan larga como la que corrieran a bordo del cohete interestelar a través del inmenso Cosmos.

CAPÍTULO VI

DESESPERACIÓN

Durante los últimos días de navegación en las orillas del Atlántico, Eduardo la hubiera visto con sus prismáticos; pero ningún pueblo rompía la monotonía de las riberas cubiertas de exuberante y morado bosque. La tierra toda parecía dominada por la fantástica flora radiactiva. Ni un pájaro, ni una bestezuela se movían en el aire, en el agua o sobre la tierra. Ni un grito, ni un trino, ni una voz alteraban aquel silencio opresivo y amenazador. La sensación de que eran intrusos en un mundo extraño agobiaba a Viola y a Eduardo.

Próximos a salir a la mar libre, surgió la duda acerca del rumbo que debería tomar.

—¿Por qué no navegamos hacia Norteamérica? —insinuó Viola—. A fines del siglo veinte, la civilización occidental tenía su centro en los Estados Unidos.

—Precisamente por eso creo que es inútil acercarnos por allí. Si hubo una guerra atómica, los Estados Unidos serían los primeros en perecer víctimas de las explosiones termonucleares. Yo creo que sería mejor contornear la costa de la Guayana y el Brasil, por lo menos hasta el antiguo emplazamiento de la ciudad de Natal. Si al llegar allí continuamos viendo esta maldita flora radioactiva deberemos entender que toda Sudamérica se halla en el mismo estado y entonces desistir de nuestra exploración y cruzar el Atlántico en busca de África.

—¿Crees que África habrá corrido mejor suerte que América y que tenemos alguna probabilidad de encontrar allí una flora y una

fauna como las que tenía antiguamente América? —preguntó Viola.

Eduardo tardó un momento en contestar. Sus ojos se clavaron con angustia en los de Viola.

—Será mejor que no nos engañemos, muchacha —dijo al cabo con gravedad—. La verdad es que existen muy escasas probabilidades de que África ni ningún otro continente de la Tierra se salvaran de las consecuencias de una guerra atómica como la que debió trastornar la naturaleza del planeta. Aunque el choque sólo hubiera tenido lugar entre Asia y América, pongamos por ejemplo, las explosiones atómicas, y especialmente las de hidrógeno o cobalto dejarían tal cantidad de cenizas radiactivas en suspensión, que éstas, al posarse sobre la tierra, envenenarían el aire, aniquilando a todo el reino animal y trastornando profundamente el vegetal.

—¡Pero eso es horrible, Ed! Me resisto a creer que la Humanidad fuera tan loca que se aniquilara a sí misma en una guerra atómica en tan gran escala.

—La Humanidad no sólo fue siempre loca, sino también estúpida —repuso Eduardo—. Evidentemente, resulta difícil de creer que seres dotados de inteligencia se empeñaran en una guerra en la que no habría vencidos ni vencedores. Sin embargo, debemos atenernos a las muestras. Aquí, hace de ello tal vez dos o tres mil años, hubo un envenenamiento radioactivo de toda la atmósfera terrestre. Ignoramos las causas que condujeron a la Humanidad a su propio suicidio. Pero el suicidio es tan evidente que no se puede negar.

—Yo creo que te equivocas, Ed. No es posible que la Humanidad desapareciera sin dejar rastro. En alguna parte de la Tierra tiene que haber un país donde el hombre no sólo ha sobrevivido, sino que vive en medio de una prosperidad como jamás conoció hasta ahora.

—Ojalá fuera como tú dices —suspiró Eduardo—. Por mi parte, lo dudo. Pero desde luego, lo último que debemos perder es la esperanza. Recorreremos la Tierra de un extremo a otro, si es preciso, en busca de seres humanos. Tenemos provisiones para dos años y nuestra pila atómica tiene combustible para funcionar ininterrumpidamente por más tiempo del que viviremos nosotros... si no encontramos plantas como las que había en la Tierra antes de ahora.

—¡Fue mala suerte que tu abuelo no pensara en poner a bordo del cohete un puñado de trigo, cuando menos! ¿Verdad?

—¡Oh, sí! Fue un descuido incomprensible en un hombre tan precavido. Si tuviéramos un puñado de trigo para sembrar, viviríamos a pan y agua el resto de nuestros días. La perspectiva tampoco sería muy halagüeña, de todos modos, ¿verdad? Casi es preferible que el abuelo se olvidara del trigo.

En vano trataba Eduardo de bromear. Las azules pupilas de Viola denotaban un terror profundo. Sin embargo, ella resistíase a creer en su muerte a plazo fijo.

—¿Y si pescáramos algo en alta mar? —sugirió con un hilo de voz—. Tal vez los peces se salvaran del envenenamiento de la atmósfera. ¿No crees?

Eduardo Acero movió lentamente la cabeza en sentido negativo.

—No, Viola —dijo gravemente—. Es inútil que busques peces en el mar. Si la atmósfera terrestre estuvo envenenada de radioactividad, contaminaría también las aguas, matando hasta el último molusco de los océanos terrestres. Puedes hacer la prueba si quieres.

—Desde luego que la haré —murmuró Viola obstinada—. Digas lo que digas, no puedo creer que Dios nos haya permitido sobrevivir a tan dura prueba para luego aniquilarnos por hambre en un mundo lleno de vida y vigor. Si Dios encendió un día la llama de la vida en este planeta creando las plantas y el hombre, ¿por qué no había de repetir el milagro?

—Tal vez porque la Humanidad que Él creó ha apurado su infinita paciencia a fuerza de locuras y ha decidido exterminarla.

—¡No digas eso, Ed! —protestó Viola—. ¡Es una blasfemia!

Eduardo se encogió de hombros y volvió a enfrascarse en sus nada optimistas pensamientos. Unas horas más tarde el barco salía a la mar libre y arrumbada al sudeste contorneando la costa de Venezuela y, más tarde, la de la Guayana. Viola aderezó un anzuelo y lo echó por la borda. Durante muchas horas, con tenacidad propia de su sexo, esperó en vano que algún pez fuera a morder el anzuelo. Al cabo de ocho horas, lo único que la muchacha había conseguido pescar fue un montoncito de algas que mostró a Eduardo.

—Sujeta el timón —le dijo Eduardo—. Voy a examinar esas algas.

Viola tomó el timón y miró a su compañero, mientras éste sometía las algas a un minucioso examen.

—Me lo figuraba —dijo Eduardo—. También son radiactivas. Esto corrobora mi teoría. No pueden existir peces en un océano donde las aguas fueron radiactivas. Porque, como sobre la faz de la tierra, también los animales submarinos se alimentan principalmente de plantas.

—Bueno, tal vez encontremos peces lejos de aquí —dijo Viola, aunque a juzgar por el acento ya no parecía tan segura.

Durante varios días, el barco navegó a lo largo de la Guayana y luego contorneó el litoral del Brasil hasta la desembocadura del Amazonas. El agua del caudaloso río arrastraba hasta muchas millas mar adentro, restos de árboles y arbustos, que siempre eran de color morado. Por espacio de muchos días más, los dos sideronatos navegaron hasta el antiguo emplazamiento de la ciudad de Natal. La cosa que vieron a lo largo de todos aquellos días presentaba un aspecto uniformemente morado. La flora radiactiva no sólo no había cambiado de naturaleza, sino que cerca del Ecuador era más rica y prolífica.

—Me parece que estamos perdiendo el tiempo —dijo Eduardo después de buscar inútilmente con los prismáticos los restos de la ciudad—. No hay ninguna razón para que más al sur haya cambiado la especie de las plantas.

—¿Entonces?

—Pongamos rumbo a África.

Instantes después, el barco viraba a babor y se adentraba en el mar, dejando atrás una blanca línea de espuma.

La lancha se lanzó valientemente a través del Atlántico. Sucediéronse monótonos días. La sensación de que se encontraban en mitad de un desierto era aquí más aplanadora que en el espacio. Cuando volaban a través del Universo les animaban, al menos, la esperanza de encontrar un oasis de vida: la Tierra. Ya en la Tierra, no sólo sentíanse abandonados, sino que acababan de perder la única oportunidad de salvación. El mundo de sus antepasados era para ellos tan inhóspito como cualquier otro exótico planeta de los que dejaron atrás en su éxodo por el Cosmos.

Podían respirar a sus anchas. La atmósfera, la tierra y las aguas habían perdido la radioactividad que tuvieron en otro tiempo. Pero

del cataclismo que eliminó hasta el último hombre quedaban aquellas plantas radiactivas y altamente venenosas, enemigos en acción si no se les mantenía a raya. ¿Qué iban a hacer ellos en un mundo así?

En sus largas meditaciones, mientras cruzaban el océano, Eduardo resistíase a creer que la raza humana se hubiera extinguido junto con toda la vida animal del planeta Tierra. Para cuando sobrevino esta catástrofe, el terrestre debía de poseer aeronaves construidas al estilo de la del profesor Marlow, esto es, capaces de surcar el espacio y volar de estrella a estrella.

En las noches estrelladas, alzando los ojos hacia el cielo, el joven se preguntaba en cuál de aquellos rutilantes astros podía haber hallado el hombre un puerto de refugio después del desastre que hizo inhabitable la Tierra.

Lamentábase de la pérdida del cohete. ¡Si al menos pudieran abandonar este mundo para explorar Venus, Marte o aquel satélite de Júpiter llamado Ganímedes, donde al parecer era posible la existencia de la vida terrestre!

Pero ahora era tarde. El cohete estaba destruido y ellos condenados a vivir en un mundo donde la vida era imposible.

Día tras día, el barco avanzó impulsado por sus cuatro motores eléctricos. Las costas de África aparecieron finalmente en el horizonte. Eduardo recogió algunas ramas y troncos que flotaban sobre las aguas y los examinó con el alma en vilo.

—También son radiactivas —aseguró con acento desesperado.

—O sea que África está también poblada por plantas radiactivas —murmuró Viola con voz estrangulada por las lágrimas.

Eduardo la miró sintiendo compasión de ella.

—Espera, no perdamos tan pronto la esperanza. ¿Quién sabe? Tal vez entre las plantas radiactivas de África existan otras que no lo sean. Desembarcaremos y exploraremos la costa navegando hacia el norte.

—¡Dios mío, Ed! —murmuró la joven retorciéndose las manos—. ¿No ves que lo único que deseo ahora es no perder la esperanza? Pero adivino la realidad. Presiento que hemos venido a caer en un mundo enteramente dominado por estas... estas... repulsivas plantas. Es inútil que busquemos más. En vano recorreremos toda la Tierra en busca de un rincón donde existan plantas verdes. Estamos

condenados a morir en el mundo donde esperábamos hallar la vida. ¿Para qué continuar buscando?

—Bueno —refunfuñó Eduardo—. De todas maneras, en algo hemos de entretener los meses de vida que nos quedan... aun sin encontrar plantas comestibles para nosotros. ¿No crees? Entre permanecer cruzados de brazos y navegar de aquí para allá con la posibilidad, aunque sea remota, de encontrar lo que buscamos, ¿no es preferible movernos?

Viola abatió los hombros con desesperación.

—Haremos lo que tú quieras —murmuró con infinito desaliento—. Tanto da permanecer quietos como movernos. El resultado será el mismo.

Eduardo no contestó. Aunque había sido él quien primero atacó las esperanzas de su camarada, ahora hubiera querido levantar los ánimos de ésta haciéndole sentir alguna esperanza. Porque de la misma manera que entre permanecer quietos o en movimiento era preferible lo último, también entre vivir sin esperanzas o iluminados por alguna ilusión, era infinitamente mejor creer que al fin encontrarían en algún punto u otro aquellas plantas verdes de las que hablaban los libros de botánica terrestre. La muerte les sobrevendría quizá exactamente lo mismo. Pero el tiempo que faltaba hasta este fatal momento podrían vivirlo, al menos, aferrados a una loca y absurda esperanza.

Eduardo Acero tomó el timón y condujo la canoa hacia la línea de la costa que se vislumbraba en el horizonte. Mucho antes de llegar y con auxilio de los prismáticos, pudo convencerse de que, al menos la coloración de los bosques que veía era morada como la flora radiactiva de América. Eduardo se dispuso a desembarcar; no sólo para examinar más de cerca la flora africana, sino también porque necesitaban reponer su provisión de agua.

Durante algunas horas contornearon la costa buscando un lugar accesible. Una playa que Eduardo divisó con los prismáticos le pareció el lugar más apropiado. En consecuencia, dirigió la canoa hacia aquel punto y echó el ancla a una milla de distancia.

—Será conveniente que permanezcas a bordo mientras yo desembarco —dijo a Viola.

—¡Oh, no! —protestó la muchacha—. Quiero ir contigo. Si los hombres-planta te asesinaran... ¡yo no quiero quedarme sola en este

horrible mundo!

Eduardo asintió. Comprendía los sentimientos de su camarada. Tampoco a él le sería grata la vida completamente solo en un mundo hostil como éste.

—Está bien —dijo—. Desembarcaremos juntos.

Para llegar a tierra, los sideronatos utilizaron la misma balsa sobre bidones metálicos de que se sirvieran durante la construcción del barco. Utilizando las flechas, los cables de labor y el cabrestante, Eduardo levantó de la cubierta el pesado artefacto y lo depositó en el agua. Para la excursión, Eduardo se adosó a la espalda un lanzallamas y tomó una alforja llena de granadas de mano. Viola también llevaba bombas.

Provistos de media docena de latas para traer el agua, saltaron sobre la almadía metálica y remaron hacia la playa. El lugar donde fueron a desembarcar parecía el más selvático y remoto del mundo entero. Ningún hombre debía haber hollado aquella playa en los tres últimos milenios y posiblemente tampoco en los largos siglos que mediaban entre la formación del planeta y la hora presente.

Tras una franja de arena salpicada de conchas tendíase una línea de matorrales tras los que empezaba el bosque. Matas y árboles eran de un color morado oscuro brillante y no pertenecían a ninguna de las especies clasificadas por los botánicos del siglo XX.

Antes de adentrarse en el bosque, los ojos de Eduardo Acero otearon vigilantes en todas direcciones. Ni una rama, ni una hoja se movía. Animado por la quietud, la soledad y el silencio del lugar, Eduardo decidióse a avanzar.

—Vamos —refunfuñó—. No en todas partes va a haber hombres-planta.

Cruzaron la playa, pasaron a través de la primera línea de matorrales y se internaron en el bosque. Aunque los árboles y las plantas que veían no pertenecían a ninguna de las especies conocidas en la Tierra durante el siglo veinte, el aspecto del bosque, en general, difería poco del que solían tener las selvas africanas. Los árboles, grandes y morados, elevaban sus copas a considerable altura. De la floresta colgaban gran número de lianas que entretejían enmarañada urdimbre vegetal. A los pocos pasos, Eduardo tuvo que empuñar el machete para abrirse paso.

—Ed —murmuró Viola—. Siento una cosa extraña... como si

millares de ojos nos estuvieran mirando.

Eduardo rió mientras descargaba tajos a diestra y siniestra.

—Ojalá tuvieras razón y hubiera por aquí algún africano espiando nuestros movimientos. En las actuales circunstancias no le haría ascos ni siquiera a un caníbal.

—Yo tampoco, si las miradas que siento sobre mí fueran humanas —rezongó la muchacha. Y tras un corto silencio lanzó un grito estridente—: ¡Socorro... Ed! ¡Ed... cuidado, este bosque está vivo!

Eduardo volvióse con rapidez. Los golpes del machete parecían haber despertado de su letargo a las plantas radiactivas. Al cortar las lianas, éstas latiguearon en el aire produciendo extremos silbidos, se contorsionaron violentamente y se enroscaron a cuanto hallaban al paso. Una gruesa liana acababa de hacer presa en Viola y se enroscaba a su cuerpo apretándole la garganta.

—¡Huye...! —gritó Eduardo al tiempo que cortaba de un solo tajo la liana que aprisionaba a su camarada—. ¡Rápido... huye!...

Con la liana todavía arrollada a su esbelto cuerpo, Viola echó a correr hacia la playa. Eduardo la siguió, pero alguien le asió de los tobillos y se tendió de bruces en el suelo. Inmediatamente cayeron sobre él múltiples ramas que le azotaban, le zarandeaban y se enroscaban al cuerpo, a las piernas y a los brazos impidiéndole todo movimiento. Viola volvió atrás y, tirando de su machete, arremetió contra el enemigo vegetal descargando golpes a diestra y siniestra. También Eduardo cortaba ramas y lianas con rapidez.

Todo el bosque parecía haberse puesto en conmoción. Los grandes árboles vibraban haciendo temblar sus hojas en un susurro sordo y amenazador. Los arbolillos cabeceaban. Los matorrales agitaban sus ramas asiendo cuanto hallaban cerca...

—¡Retírate... vete! —rugió Eduardo mientras cortaba un haz de lianas.

Pero la muchacha, dando muestras de gran serenidad, continuó cortando las ramas que sujetaban a su amigo. Eduardo vióse más libre de movimientos y completó la obra de Viola podando materialmente todos los arbustos en un par de metros en circunferencia. Luego asió a Viola de un brazo y la empujó hacia la playa.

Corrieron desalados, perseguidos por el latigear de las ramas y

el susurro de las hojas, y no se detuvieron hasta que las olas de la playa lamieron sus pies. Eduardo volvióse hacia la selva con la boquilla del lanzallamas en una mano, presto para rociar con fuego líquido a cualquier posible persecutor. Pero nadie los perseguía. El bosque viviente continuaba estremeciéndose y susurrando, como si le agitara un fuerte huracán. Mas ni un solo hombre-planta ni cualquier otro arbusto les siguió hasta la playa.

—¡Vamos, Ed..., vamos! —apremió Viola metiéndose en el agua hasta la cintura e izándose hasta la balsa.

Eduardo la siguió con el ceño fruncido. Empujó la balsa con un remo y navegaron hacia el barco.

—¡Es horrible... es horrible! —rezaba Viola mientras remaba con movimientos mecánicos.

—En verdad que es sorprendente —murmuró Eduardo—. No sólo los hombres plantas están vivos, sino que toda la flora radiactiva tiene movimiento. El bosque permaneció tranquilo hasta que yo empecé a cortar lianas. Pero aquellas lianas estaban vivas; es decir, que tienen la capacidad de sentir el dolor. Debió ser por eso por lo que al ser cortadas salieron de su inmovilidad y se enfurecieron.

—¿Pero cómo puedes decir que se enfurecieron unas simples plantas? —protestó Viola.

—Se enfurecieron. Cuando examiné a los hombres planta en Venezuela descubrí que poseían células nerviosas —murmuró Eduardo mirando pensativo hacia el bosque que quedaba atrás.

Poco después llegaban a la canoa y subían a bordo. Eduardo izó la balsa con el cabrestante y la depositó sobre cubierta.

—¿Qué haremos ahora? —interrogó Viola.

—Necesitamos proveernos de agua dulce. No sería menester desembarcar si encontráramos por aquí algún río. Consultaremos los mapas, nos abasteceremos de agua y continuaremos navegando hacia el norte. Tal vez en Europa...

—¡Oh, Ed! —protestó Viola—. ¡No me digas que esperas encontrar a Europa libre de esta peste vegetal color violeta!

—Bueno. Debemos averiguarlo, ¿no? De todas formas nada tenemos que hacer. Ve a buscar los atlas mientras llevo anclas.

Viola entró en la cabina de derrota mientras Eduardo sacaba el ancla con ayuda del cabrestante. Apenas el ancla acababa de

aparecer a flor de agua cuando Viola salió de la cabina dando agudos gritos:

—¡Eduardo... Eduardo... ven... corre... mira esto! —gritó la muchacha moviendo en el aire algo que Eduardo no acertó a reconocer.

—¿Qué mil diablos te ocurre ahora? —gruñó Eduardo, malhumorado por el susto que acababa de recibir.

Viola llegó jadeando y le tendió una delgada lámina de acero en la que aparecían profundamente grabadas algunas líneas.

—¡Mira esto! Estaba entre las hojas de un atlas y cayó al suelo cuando yo abría el libro...

Eduardo miró con el ceño fruncido a Viola. Los ojos azules de la muchacha resplandecían de excitación. Eduardo leyó las líneas grabadas sobre la delgada lámina de acero. Estaba escrito en inglés y decía así:

“Cerca de un lugar antiguamente conocido con el nombre de Atlanta (Georgia), existía una casa de sabiduría llamada Universidad de Oglethorpe. Su situación exacta puede ser determinada por una triangulación desde la montaña Stone y la montaña Kennesaw, preparada por el Servicio Geodésico y de Costas de los Estados Unidos, en el siglo XX. Si los hombres de ciencia del siglo LXXX cavan en el lugar especificado, encontrarán una cripta de piedra de $6 \times 3 \times 3$ metros guardada por una puerta de acero inoxidable. Dentro de la cripta se encontrarán documentos y objetos de gran valor, que constituyen los mejores ejemplos de la civilización y el progreso científico del mundo desde la época de la muerte de Cristo hasta la mitad del siglo XX.”

Sintiendo que el corazón le golpeaba brutalmente en el pecho, Eduardo leyó el contenido de la lámina de acero por segunda vez. Luego alzó sus ojos para clavarlos en una mirada de estupefacción en los húmedos y brillantes de Viola Housman.

—Ed... —murmuró la muchacha colgándose del brazo de su compañero—. ¿Qué significa esto? ¿Lo que hay dentro de esa cripta... puede salvarnos tal vez?

Eduardo meditó largamente antes de contestar.

CAPÍTULO VII

AMÉRICA

Mostrándonos demasiado dispersalizados. Examinemos la cuestión con lógica: ¿Qué idea impulsó a los hombres del siglo XX a enterrar en una cripta documentos y objetos que ellos consideraban de gran valor para los sabios del siglo LXXX? Debieron pensar sin duda que su civilización caería, que sus gigantescos diques y los altos edificios de que tan orgullosos se mostraban quedarían reducidos a ruinas. Que sus magníficas autopistas sobrevivirían al tiempo mucho menos que aquellas “vías” del Imperio Romano construidas con losas de granito. La verdad es que si no hubiera sido por la feliz circunstancia de que la civilización más antigua del mundo se desarrolló en Egipto, donde la sequedad de suelo hizo posible que sus monumentos fueran respetados por la Naturaleza, nosotros hubiéramos sabido muy poco de aquellos tiempos. Esto debió ser lo que impulsó a los hombres del siglo XX a ocultar ciertos libros y objetos que pudieran decir a las futuras generaciones cuál había sido nuestra forma de vida y el grado de civilización que se había alcanzado en el siglo XX. Ellos debían saber que el fin de la civilización occidental era tan inevitable como la caída del poderoso Imperio de Nínive.

Eduardo hizo una pausa para dar vueltas entre sus dedos a la lámina de acero y prosiguió diciendo:

—Aquellos que sepultaron ese tesoro no creían que la Humanidad fuera a extinguirse sobre la Tierra. De haberlo creído así, ¿para qué habrían de guardar esas cosas si nadie las encontraría? Ellos, como mi abuelo, pensaban sin duda en un retroceso de la

civilización, pero no en el exterminio total del género humano. Si hubieran pensado que ese tesoro podía ser descubierto por otros seres que llegaran a la Tierra en tiempos venideros, o si hubiera cabido en sus mentes la idea de que unos astronautas realizarían un viaje por el espacio, retornando a la Tierra cuando ya la Humanidad hubiera desaparecido, sin duda hubieran incluido en su tesoro lo único que a nosotros nos importa verdaderamente, es decir, muestras de semillas de la flora de la Tierra en aquellos tiempos. Pero a nadie podía ocurrírsele que tú y yo, los únicos ejemplares de la raza terrestre a lo que se ve, llegaríamos un día a este mundo después de cinco mil años de ausencia, encontrándolo tan profundamente trastornado que nuestra existencia sería imposible en él. También nosotros llevamos libros y objetos que son una muestra de la civilización aquí existente en otros tiempos. Tú y yo, solos, si tuviéramos medios de alimentarnos, podríamos reorganizar en pocas generaciones aquella cultura existente. Lo único que necesitamos para ello son dos cosas: semillas con que cambiar la flora de la Tierra... y procrear hijos.

—En otras palabras —murmuró Viola enrojeciendo—. Lo que quieres decir es que los precavidos hombres del siglo XX se olvidaron también de envasar semillas de los árboles y plantas que se daban aquí en su tiempo.

—Sí. Eso es lo que pienso.

Siguieron unos minutos de silencio. Viola, con sus gordezuelos labios fuertemente apretados, clavaba sus lacrimosas pupilas en la oscura línea de la costa.

—Bien —dijo súbitamente mirando a su camarada—. Estamos de acuerdo en que existen muy escasas probabilidades de que en la cripta de la Universidad de Oglethorpe encontremos semillas. ¿Pero no crees que merece la pena ir hasta allá y averiguarlo por nosotros mismos?

—Desde luego —repuso Eduardo—. Merece la pena. Al fin y al cabo disponemos de tiempo y tanto importa ir allí, como a cualquier otra parte. Navegaremos hasta Norteamérica y buscaremos ese tesoro. ¡Y ojalá quiera Dios que a aquellos hombres se les ocurriera pensar que las condiciones climatológicas de la Tierra, así como la composición del suelo, podían cambiar en varios siglos y los hombres del futuro sólo conservarían muy raras especies

de las plantas que se daban en el siglo XX!

Viola Housman pareció animarse. Sus ojos sonrieron a través de las lágrimas.

—Entonces... ¿vamos hacia allá en seguida?

—Sí. En seguida —repuso Eduardo echando a andar hacia la cámara de derrota.

Sólo unos instantes más tarde, las hélices volvían a batir el agua y el barco se ponía en marcha. Navegaron siguiendo la costa hacia el Norte y se proveyeron de agua dulce en el río Senegal, el cual recorrieron a partir de su desembocadura hasta algunas millas más arriba. Luego viraron en redondo y salieron de nuevo a la mar libre poniendo rumbo a Norteamérica.

Aunque Eduardo Acero había disminuido las posibilidades de salvación a fuerza de desmenuzar con la lógica las causas que impulsaron a los hombres del siglo XX a enterrar un tesoro en el solar de la Universidad de Oglethorpe, la verdad era que el joven sentíase esperanzado. La lógica fallaba muchas veces, era prácticamente imposible adivinar los pensamientos de los hombres que cinco mil años atrás pensaron guardar muestras de su cultura para la posteridad... y una esperanza era al fin y al cabo una esperanza. De manera que los jóvenes sideronatos sentíanse mucho mejor en el momento de poner proa a los Estados Unidos.

La travesía comenzó con los mejores auspicios, con una mar llana y un cielo azul. Pero pocos días después de haber comenzado la singladura, unas nubecillas oscuras levantáronse en el horizonte. El mar púsose plomizo y el viento empezó a levantar encrespadas olas.

—Tendremos temporal —aseguró Eduardo—. El barómetro está bajando mucho.

Poco después, el cielo estaba totalmente entoldado y las olas batían con fuerza los costados del barco mientras el viento aullaba entre los cordajes del mástil. La lancha, de escasa estabilidad, daba bandazos y profería dolorosos quejidos al embate de las olas. Los sideronatos cerraron herméticamente las escotillas y propusieron capear el temporal poniendo proa al viento.

Eduardo confiaba en que la borrasca durara poco, pero en realidad, el mal tiempo continuó durante muchos días con intensidad variable, hasta que finalmente empezó a mejorar cuando

el barco se encontraba navegando por encima de las Antillas.

La ruta que seguían les llevó cerca del extremo más meridional de la península de Florida, donde en otros tiempos se extendía la pintoresca carretera atlántica sobre puentes que unían un largo cordón de islas y arrecifes. De aquella magnífica obra no quedaba el menor rastro. Los islotes mostrábanse cubiertos de una lujuriante vegetación morada; es decir, de plantas y árboles radiactivos.

Las escenas de aplanadora soledad repetíanse mientras los jóvenes sideronatos remontaban la costa de Florida en busca de la desembocadura del río Chattahoochee. Era impresionante pensar que el hombre había pasado por estos mismos lugares sin dejar el menor rastro. La piqueta demoledora de los milenios había convertido en polvo las obras de que tan orgullosas se mostraban las criaturas humanas, y la Naturaleza había soplado largamente sobre las ruinas, dispersando el polvo y cubriendo los débiles arañazos que el hombre marcara apenas sobre la costra del planeta.

El mundo mostraba ahora una soledad mucho más aterradora de la que debió imperar allí antes que la figura del hombre empezara a moverse por entre los bosques. Porque cuando el hombre hizo su aparición sobre la Tierra habíansele adelantado largas generaciones de seres vivientes, desde un tamaño enorme hasta de una pequeñez insignificante. Pero en la actualidad sólo las plantas vivían. Los mares, las tierras y los cielos estaban totalmente desprovistos de bestias. Ni una mariposa, ni siquiera un mosquito llegaba desde los exuberantes y floridos bosques de aquella tierra que por su extraordinaria hermosura fuera llamada “Florida”. El silencio era de una intensidad tan profunda que si los dos únicos habitantes de aquel mundo paraban el motor de su embarcación sentían sólo el atormentador zumbido de la sangre en sus oídos.

Eduardo proponíase llegar al antiguo emplazamiento de la ciudad de Atlanta utilizando en lo posible el río Chattahoochee. Éste, después de atravesar el Norte del Estado de Florida, seguía la frontera entre los Estados de Georgia y Alabama y doblaba hacia el Noroeste pasando no lejos de Atlanta. Pero no era navegable excepto en una parte de su recorrido.

—Puede que en la actualidad lo sea todavía menos —dijo Eduardo de codos sobre el mapa extendido en la mesa—. Al cabo de cinco mil años la erosión lo habrá hecho más amplio y menos

profundo. Es posible que empecemos a encontrar rápidos y cataratas mucho antes de llegar a la mitad de su curso.

—Y tendremos que hacer el resto del camino a pie —murmuró Viola poco complacida ante aquella perspectiva.

—En cuanto nuestro barco no pueda pasar adelante construiremos una canoa ligera. Siempre que podamos utilizaremos el río como ruta, pero inevitablemente tendremos que separarnos de él al llegar a la altura de Atlanta y cruzar montañas cubiertas de bosque “vivo” hasta el lugar donde en otros tiempos se levantó la Universidad de Oglethorpe.

—¿Y no podríamos construir algún vehículo... una especie de auto-oruga, por ejemplo, para atravesar los bosques? —interrogó la muchacha.

—¡Oh, no! —rió Eduardo compadecido del terror de su amiga—. No disponemos de más motor que de nuestra pila atómica, y ésta es demasiado voluminosa para equipar un automóvil.

—Pero tú podías construir una máquina de vapor que alimentaríamos con madera. Del casco del barco haríamos el blindado y colocaríamos encima el cañón de ocho bocas.

—Imposible. Podría hacerlo si estuviéramos todavía junto a los restos de nuestro cohete. En él dejamos material sobrado para hacer incluso una locomotora... Pero Venezuela está lejos y no podemos volver atrás.

—¿Por qué no podemos? —inquirió Viola—. Tú has repetido muchas veces que disponemos de mucho tiempo. En todo caso sería preferible regresar junto a nuestro cohete que lanzarnos a través de un territorio infestado de hombres planta, donde los árboles y los arbustos tienen vida y del que, sin género de dudas, no saldremos vivos.

—Es imposible, muchacha. El automóvil-oruga que nosotros construyéramos con una máquina de vapor sería seguramente demasiado pesado y voluminoso para colocarlo a bordo de esta lancha y transportarlo hasta aquí... Y ya no nos sobra tanto tiempo. Dándonos prisa llegaríamos a Venezuela con tiempo de aprovechar la crecida del Orinoco y volver a remontarlo hasta el lugar donde dejamos nuestra aeronave, pero tendríamos que aguardar todo un año hasta que el río volviera a crecer, y para entonces estaríamos exhaustos de provisiones.

—Podríamos racionarlas haciéndolas durar por lo menos seis meses más.

—No insistas, Viola. Es una tontería pensar en volver a Venezuela, fabricar un “tanque”, izarlo sobre nuestro barco y volver con él a donde estamos... ¡solamente porque hay que cruzar unos cincuenta kilómetros de bosque radiactivo a pie!

—En esos cincuenta kilómetros podemos hallar la muerte.

—Bueno, ¡qué caramba! Sólo se muere una vez, y de todas maneras moriremos si en esta maldita cripta no encontramos algunos granos de trigo o de cualquier otra semilla que produzca plantas comestibles. Remontaremos el Chattahoochee con el barco hasta donde nos sea posible, continuaremos con una canoa y luego haremos el resto andando. Eso es lo que haremos, y si tienes miedo puedes quedarte en la lancha mientras yo voy en busca de esa cripta.

—¡Desde luego que me quedaré! —chilló Viola fuera de sí—. ¡Eres un cabezota, empeñado desde que llegamos a la Tierra en hacer todo lo contrario a lo que yo pienso! ¿No te dije allá en Venezuela que lo mejor sería construir un automóvil?

—¡Ah, bien! —exclamó Eduardo sarcástico—. ¡Seguramente entonces ya presentías tú que íbamos a encontrar esa placa donde se habla de un “tesoro” que tal vez ni siquiera existe!

—No importa que no lo presintiera. Sabía que debíamos venir inmediatamente a los Estados Unidos.

—¿Para qué? Recuerda que fue al mirar el atlas de África cuando casualmente encontramos la lámina de acero. Nunca hubiéramos llevado con nosotros aquel atlas si hubiéramos venido a Norteamérica, y hasta ahora no sólo desconocerías la existencia de la cripta, sino que estarías atascada en algún pantano junto con un armatoste pesado y continuamente averiado.

Repentinamente, Viola Housman se cubrió el rostro con las manos, echóse a llorar y salió de la cámara de derrota dejando solo y en un mar de confusiones a Eduardo Acero.

Era ésta la primera vez desde que falleciera la señora Acero que Viola lloraba por causa de Eduardo. El joven sintióse inmediatamente culpable y salió en pos de Viola.

La muchacha había ido a refugiarse en su “camarote”, en uno de los depósitos que formaban la estructura del barco y daban

flotabilidad al mismo. Ed tenía su aposento en el depósito del otro lado, el cual compartía con las herramientas, armas, municiones y demás pertrechos.

Introduciéndose por la angosta escotilla, Eduardo descendió por la escalerilla al interior del depósito. Éste, aparte de servir de habitación a la muchacha, contenía todas las reservas de alimentos que tenían.

Viola se había echado sobre la cama y lloraba de bruces con el rostro entre las manos. Ed fue a sentarse en el borde de la cama.

—Perdóname —dijo con voz compungida—. Creo que los dos estamos acusando los efectos de esta insostenible situación. Viola, aunque a veces me veas de malhumor, no me lo tomes en cuenta. No faltaría más sino que acabáramos odiándonos. Eso no puede ocurrir nunca entre nosotros, Viola. Con toda seguridad somos los únicos seres vivos sobre este planeta. Estamos condenados a vivir juntos.

Viola dio media vuelta sobre sí misma, quedó sentada y se limpió las lágrimas con el dorso de las manos.

—No había motivo para ponerse así —suspiró la chica—. Lo que ocurre es que también mi carácter se está agriando. Tengo miedo, Ed...

—Tal vez sea mejor que aceptemos las cosas como son, admitir que, en el mejor de los casos, seremos una sola pareja en toda la inmensidad del planeta.

—¡Oh, Ed! —sollozó la muchacha. Y se arrojó en los brazos de él.

Ed la sintió temblar contra sí y a su vez experimentó un estremecimiento. Eran dos criaturas asustadas, abandonadas a sus propias fuerzas en un mundo hostil y agresivo. Un nuevo Adán y una nueva Eva. Ed la estrechó con fuerza entre sus brazos, Viola levantó su rostro húmedo y le miró de una forma extraña. Confiaba en él, el hombre era todo su apoyo, el único que podía ampararla en este inhóspito mundo. El miedo a lo desconocido les empujaba al uno hacia el otro... Ed la besó en los labios. Fue un acto irreflexivo y a la vez tan natural como siempre había sido el amor. Viola le correspondió. No había razón para sentir vergüenza. Eran un hombre y una mujer y estaban solos en la inmensidad del planeta. La mujer se entregaba y el hombre la tomó.

La embarcación navegó río arriba teniendo a derecha e izquierda las masas color morado de los grandes bosques. El río había excavado un profundo lecho y las orillas eran altas y, en algunos puntos, escarpadas. De vez en cuando surgían en medio de la corriente islotes de arena donde una especie de cañaverales morados habían echado sus raíces. Eduardo no pudo separarse un solo momento del timón mientras remontaban el curso del Chattahoochee.

Al llegar la noche, Eduardo varó la embarcación en un islote de arena. A la mañana siguiente prosiguieron su ruta hacia el Norte hasta que, mediada la tarde, llegaron a unos rápidos que les cerraban el paso.

—Estos rápidos no debían estar aquí hace cinco mil años —dijo Eduardo en voz alta—. Las aguas han ido retirando tierras del fondo hasta dejar al descubierto la peña. Voy a echar pie a tierra. Buscaré un tronco que pueda servirnos para la canoa.

El bosque norteamericano no podía compararse en riqueza a las selvas africanas, ni siquiera a las sudamericanas. Los árboles estaban bastante diseminados, dejando de tronco a tronco espacios donde crecían otros árboles más tiernos y unas extrañas plantas que daban flores de extraordinaria belleza y exótico olor.

Eduardo se adosó a la espalda el lanzallamas, colgó una docena de granadas del cinturón y echó pie a tierra deslizándose por el cable de acero que colgaba de una flecha.

—¡Ve soltando cabo! —gritó a Viola desde la orilla.

La muchacha puso en marcha el cabrestante y fue soltando cabo, que Eduardo arrastró consigo a medida que avanzaba bosque adentro. Procuraba no rozar los arbolillos, ni aquellas fantásticas flores rojas cuyos pétalos parecían de carne y se estremecían como tal al más ligero soplo de viento. Y a la vez vigilaba en torno temiendo la aparición de alguno de aquellos horribles hombres planta.

A corta distancia de la orilla del río encontró lo que buscaba: un grueso tronco de árbol que algún rayo derribó hacía mucho tiempo. Eduardo ató el cabo al tronco, regresó al río y recomendó a Viola que hiciera funcionar el malacate poco a poco.

Cuando el cabrestante haló cabo tirando del tronco, éste fue arrastrando metro tras metro despertando a su paso el bosque vivo. Como en África, los arbolillos cabecearon moviendo sus ramas, los grandes árboles agitaron sus copas llenando el espacio de susurros, y las grandes flores cerraron apresuradamente sus corolas. El tronco seco, a su paso iba dejando una ancha senda de ramas trinchadas que saltaban convulsamente como serpientes envueltas en hojas.

El tronco abatido por el rayo estaba ya en la orilla y Eduardo a la vista del barco cuando el joven vio deslizarse entre los árboles unos bulbos que se balanceaban al extremo de unos largos cimbreados tallos.

¡Hombres planta!

Eduardo dio una carrera que le llevó al barco.

—¡Pronto, Viola... échame un cabo! —gritó.

La muchacha corrió a cumplir la orden. Mientras, una turba de hombres planta salía del bosque blandiendo espadas y hachas y se lanzaba impetuosamente hacia Eduardo.

El joven volvióse empuñando la boquilla del lanzallamas y les esperó a pie firme. A su alrededor empezaron a silbar los sables y las hachas, que girando en el aire fueron a estrellarse con estrépito contra el costado metálico del barco. Eduardo apretó la palanca y lanzó un chorro de fuego líquido que, dibujando un arco rojo en el aire, cayó sobre los hombres planta envolviéndoles en llamas.

—¡Sube, Ed!

Eduardo se asió de la cuerda y trepó de un salto a la embarcación. Inmediatamente, sin aguardar a desprenderse del lanzallamas, se lanzó escalerillas arriba hasta el techo del quiosco, donde estaba emplazado el cañón múltiple Oerlikon.

Tomando asiento tras la máquina, Eduardo dio vueltas con rapidez a las manivelas haciendo girar el cañón y bajando las bocas. Apuntó al grupo de hombres planta que avanzaban después de dar un rodeo a las llamas, apretó el gatillo y disparó.

Las ocho bocas del Oerlikon tronaron a la vez escupiendo sendos chorros de proyectiles envueltos en llamas. Las balas explosivas barrieron a los hombres plantas en mitad de un seco crepitar de relámpagos de color naranja. Volaron por los aires, a través de las llamas, retorcidas ramas, tallos armados de bulbos y hojas carnosas desgajadas de los cuerpos vegetales.

La chusma morada se detuvo en seco, cayó como segada por una gigantesca guadaña y los supervivientes iniciaron la retirada. Pero a través del humo y el polvo levantado por las explosiones, Eduardo Acero los vio y les siguió con el extremo de los ocho cañones que daban al Oerlikon cierto parecido con un órgano de iglesia. Una ráfaga de proyectiles de

20 mm

alcanzó a los hombres planta antes que pudieran desaparecer en el bosque y les dispersó en pedazos.

Cuando el “pom-pom” dejó de disparar, la ribera estaba cubierta de destrozados hombres planta, que todavía se agitaban en los espasmos de lo que Eduardo calculó sería su agonía. Eduardo bajó a la cubierta y se reunió con Viola para contemplar juntos el espectáculo.

—¡Lástima que no podamos llevar con nosotros ese cañón! —se lamentó Eduardo—. Parece como si los armeros del siglo XX lo hubieran fabricado a la medida de estos asquerosos bichos vegetales.

Anohecía, los sideronatos reanudaron la tarea de arrastrar el pesado tronco, y luego lo levantaron con los cables de labor hasta depositarlo sobre cubierta. Con las últimas luces del día, Eduardo condujo la embarcación hasta un par de kilómetros río abajo, donde había visto unos bancos de arena. Varando la lancha allí, los jóvenes astronautas se entregaron al descanso.

Al día siguiente, cuando el sol apuntó por el horizonte, sorprendió a Eduardo Acero manejando con maestría la Sierra circular eléctrica y el hacha. Los golpes que daba la herramienta y el chirrido de la sierra percutían en el bosque, tal vez como anuncio de la proximidad del triunfo de la criatura humana sobre las fatigas, las adversidades y el reino vegetal radiactivo en masa.

CAPÍTULO VIII

EN BUSCA DEL TESORO

Aunque quedaba todavía la tarea de, Eduardo Longino había conseguido el mapa para llevarle a él, a Viola y a un equipo que no fuera demasiado voluminoso.

Durante el día, algunos hombres planta habíanse acercado a la orilla del río para espiar los movimientos de las criaturas humanas sobre la cubierta del barco. Eduardo les dispersó a cañonazo limpio y los monstruos no volvieron a mostrarse. Sin embargo, Eduardo estaba seguro de que no andaban lejos de allí y continuaban celando cada uno de sus movimientos.

—Ayúdame a preparar el equipo y algunas provisiones, Viola —dijo Eduardo—. Desembarcaremos esta misma noche.

De acuerdo en que esto era lo más procedente, los jóvenes se prepararon para abandonar el barco al amparo de la noche. El equipo que habían de llevar no podía ser ni muy pesado ni muy voluminoso. Teniendo en cuenta que necesitarían equiparse también de algunas herramientas para excavar, su dotación de granadas de mano tendría que ser forzosamente muy reducida. Además, y a pesar de los esfuerzos de su artífice, la canoa era también bastante pesada. Por todas estas causas, Eduardo decidió prescindir de muchas cosas y llevar sólo lo indispensable; es decir, el lanzallamas que tan eficaz parecía ante los hombres planta, cierta cantidad de bombas, dinamita, mechas y fulminantes por si había que practicar algún barreno, pico, pala, provisiones para una semana, un par de machetes, otro de hachas y el mapa y el sextante para determinar la situación exacta del antiguo emplazamiento de

la Universidad de Oglethorpe.

Eran las diez de la noche cuando, después de haber comido frugalmente, Eduardo puso en marcha los motores y condujo la embarcación aguas arriba, sin encender una sola luz. Viola, a proa, le avisó en el momento que pudo oír el rumor del agua que espumajeaba sobre los rápidos. Eduardo detuvo la embarcación y echó el ancla.

Momentos más tarde, la canoa era levantada por el cabrestante y depositada suavemente en el agua. Eduardo y Viola saltaron a la piragua y remaron hacia la ribera remolcando un cabo para amarrar el barco a un árbol de la orilla.

El bosque parecía completamente dormido bajo la difusa claridad de las estrellas. Ni una hoja se movía. Ni el más ligero susurro venía a romper la tersura de la noche. Eduardo pasó la amarra en torno de un árbol y ayudó a Viola a sacar la canoa del río.

Subieron por los rápidos siguiendo el río de tan cerca, que frecuentemente chapoteaban en el agua. Medio kilómetro más arriba del punto donde habían desembarcado pudieron volver a poner la piragua a flote. Se alojaron en ésta y remaron con rapidez hasta que una pequeña cascaba les cortó el paso.

Los sideronatos sacaron la pesada canoa, en cuyo interior iba amontonado el equipo, y treparon por un talud volviendo a botar la embarcación. El día les sorprendió muy lejos del punto donde quedaba el barco. Los navegantes, no acostumbrados a este violento ejercicio, empezaban a sentir sus brazos cansados. Pero queriendo aprovechar la luz para avanzar más rápidamente, continuaron remontando la corriente hasta el mediodía.

A esta hora, los hombres planta aparecieron en la orilla izquierda y empezaron a seguirles moviendo con rapidez sus múltiples y repulsivas patas. Poco más arriba, una cascada de cuatro metros de altura les cortó el paso.

—Bueno —dijo Eduardo—. No podemos desembarcar ahora con todos esos asquerosos bichos pululando a nuestro alrededor. Aguardaremos a la noche. De todas formas estamos cansados.

Los hombres planta se detuvieron también, observaron a los seres humanos balanceando con siniestra gracia aquellos tallos rematados de bulbos oculares, y parecieron consultar entre sí

haciéndose rápidas señas con las sarmentosas ramas que les servían de brazos.

—¿Crees posible que esas plantas posean un lenguaje por medio de señas? —preguntó Viola, que ya iba familiarizándose con los monstruos y era capaz de mirarles sin empalidecer.

—Desde luego —repuso Eduardo—. Fíjate en la forma que mueven sus brazos. No cabe duda que poseen un lenguaje. Mira, ahora parece que intentan venir hacia nosotros.

En efecto, después de una larga conferencia, los hombres planta se metieron en el agua, donde flotaron con facilidad, y empezaron a nadar hacia la piragua moviendo con agilidad sus brazos a manera de remos. Viola dio un respingo que hizo tambalear la embarcación.

—No te asustes —la tranquilizó Eduardo tomando del fondo de la canoa un par de bombas—. No les dejaremos acercarse.

Cuando los monstruos estaban a una distancia de tiro de una piedra, Eduardo quitó los pasadores de las granadas y las lanzó cuan lejos pudo. Las dos bombas, arrojadas en rápida sucesión, levantaron dos grandes surtidores de agua en los que iba envuelto un buen puñado de sarmentosas ramas. Los hombres plantas, sorprendidos al parecer, retrocedieron hasta la orilla.

Durante toda la tarde, hombres humanos y hombres planta se observaron unos a otros separados por una extensión de 50 metros de agua. Los monstruos parecían poseer un extraño sentido para comunicarse las noticias a distancia. A la puesta del sol, su número habíase triplicado en la orilla. Nuevamente intentaron aproximarse a la piragua que flotaba en mitad del río, pero las granadas de Eduardo les hicieron retroceder.

Al caer la noche, Eduardo Acero no sólo estaba cansado de mantener la canoa en el mismo sitio a fuerza de intermitentes golpes de remo, sino que, tanto él como Viola, sentían los nervios crispados tras tantas horas de dolorosa tensión.

Apenas la oscuridad fue completa, Eduardo llevó la canoa hacia la ribera opuesta a la que ocupaban los hombres planta y desembarcaron. Al remontar el talud de la cascada procuraban hacer el menor ruido posible. Sin embargo, no era fácil que los hombres planta tuvieran la facultad de oír. Al menos no les oyeron, los sideronatos volvieron a botar la canoa por encima de la cascada y remaron con furia para alejarse del lugar.

Remaron toda la noche, sintiendo los brazos tan doloridos que cada golpe de remo les costaba un sobrehumano esfuerzo. Pero continuaban impulsados por el afán de llegar a la altura del antiguo emplazamiento de Atlanta a la salida del Sol.

Este objetivo fue cubierto puntualmente a costa del reiterado esfuerzo de los fatigados brazos de Eduardo. Los golpes de remo que daba Viola, débiles y espaciados, no podían considerarse siquiera como una insignificante ayuda. Al amanecer, Eduardo consultó el mapa y decidió que podían desembarcar. La quilla de la piragua varó en la ribera y los jóvenes saltaron a tierra adosándose el heterogéneo equipo a la espalda.

Se internaron en el bosque. A la izquierda, sobre un fondo de nubes algodonosas, podían ver la montaña Stone, semejante a un colosal cono truncado. El bosque no era allí tan espeso. Los árboles estaban muy distanciados, y, lo que representaba una dicha para Viola, no se veían lianas ni matorrales vivientes bajo los árboles.

Al filo del mediodía se detuvieron para descansar. Mientras almorzaban, sus ojos todo eran volverse a derecha e izquierda esperando, suspicaces, la llegada de sus feroces enemigos vegetales.

Los hechos demostraron una vez más que el pensamiento era capaz de atraer a los seres en que se estaba pensando. Eduardo estaba cargando sobre sus anchas espaldas el equipo cuando Viola vio aparecer entre los árboles a cuatro hombres planta, que al verles, se detuvieron en seco.

—¡Mira Ed...! ¡Hombres planta! —susurró Viola instintivamente a su amigo.

Eduardo miró en la dirección que señalaba Viola. A sólo 50 metros de distancia, los monstruos habíanse detenido balanceando en el aire los tallos sobre los que iban colocados sus órganos visuales. Ed observó que no iban armados, y esto le infundió confianza. Se dispuso a salir al encuentro de los monstruos, pero éstos retrocedieron, agitaron sus brazos y repentinamente echaron a correr perdiéndose de vista.

—¡Malo! —murmuró Eduardo—. Esos avisarán a los demás y no tardaremos en vernos rodeados por una chusma de hombres planta. Ven, hemos de andar ahora muy aprisa.

Reanudaron la caminata. En realidad no andaban, sino que corrían, volviendo frecuentemente la mirada atrás. Eran las dos de

la tarde y se encontraban a sólo cuatro kilómetros del antiguo emplazamiento de Atlanta, según los cálculos, cuando los hombres planta reaparecieron, esta vez en número de unos veinte.

—¡Corramos! —gruñó Eduardo asiendo del brazo a Viola.

Pero los hombres planta poseían una ligereza extraordinaria y no debían de estar fatigados como los humanos, si por caso eran sensibles a la fatiga. A los pocos minutos de carrera, Eduardo comprendió que no podían escapar. Entonces detuvo por el brazo a Viola y se detuvo jadeando.

—¡Basta! —dijo con acento irritado—. No vamos a seguir huyendo. Les esperaremos aquí.

—¡Pero Ed... si son muchos!

El joven no contestó. Empujó a Viola hasta situarla de espaldas al tronco de un gigantesco árbol, apercibió su lanzallamas y esperó. Los hombres planta llegaron a la carrera blandiendo hachas y sables. Su actitud era tan belicosa que los sideronatos no hubieran extrañado lo más mínimo oírles proferir aterradores aullidos. Pero los monstruos eran incapaces de producir ningún sonido, a excepción del intranquilizador silbido de las armas que esgrimían, y se lanzaron silenciosamente al ataque.

Un chorro de fuego líquido brotó por la manguera del lanzallamas, trazó un arco en el aire y tendió una cortina de fuego ante los monstruos, que desaparecieron tras el humo. Pero los hombres planta, dando muestras de una inteligencia que no era precisamente primitiva, eludieron la cortina de fuego e intentaron acercarse a los humanos por ambos lados a la vez.

Eduardo acudió con presteza a tender otro telón de llamas contra los enemigos de la izquierda. Viola lanzó dos bombas contra los de la derecha, pero cayeron tan cerca que las esquirlas silbaron por encima de la cabeza de Eduardo. Cuando el joven se volvió para contener a los enemigos de aquel lado era demasiado tarde. Tres hombres planta estaban ya a sólo cuatro metros de distancia. A uno de ellos le roció Eduardo con el líquido ardiente de su lanzallamas. Los otros dos cayeron sobre los sideronatos enarbolando los sables.

Eduardo dio un salto de costado y tiró de su propio sable. Uno de los monstruos persiguió a Viola en torno al tronco del árbol. El otro se enfrentó sable en mano con Eduardo. Éste, persuadido de que aquel ser conocía las artes de la esgrima, lanzó una finta contra

el brazo armado del monstruo. El hombre planta retrocedió eludiendo el tajo. Eduardo saltó adelante y cortó limpiamente uno de los tallos rematados por un bulbo ocular.

La planta viviente lanzó un mandoble tan poderoso contra la cabeza de Eduardo que a buen seguro la hubiera separado del cuerpo a no agacharla el joven. El pesado sable silbó sobre los cabellos de Eduardo. Éste saltó ágilmente y cortó otro de los tallos oculares. El monstruo arremetió contra el terrestre. Una curiosa particularidad de aquellos seres radiactivos era que no tenían pecho ni espalda. Podían moverse con igual facilidad hacia adelante como hacia atrás, o saltar a derecha e izquierda como canguros. De esta forma, sus reacciones y acometidas eran mucho más rápidas y peligrosas.

Los dos aceros chocaron por primera vez con estrépito, haciendo saltar chispas. El golpe fue tan brutal que Eduardo estuvo cerca de perder su sable. Sin embargo lo conservó mientras retrocedía, parando los furiosos mandobles del enemigo. Éste no sólo manejaba su espada con vertiginosa rapidez, sino que movía al mismo tiempo sus múltiples y sarmentosos brazos, con los cuales azotaba la cara y el cuerpo de Eduardo siempre que podía.

Con el rabillo del ojo, el joven miró hacia Viola y la vio entregada a una especie de juego al escondite con el segundo de los monstruos, dando incesantes vueltas en torno al árbol. En aquel peligroso juego, la astucia del ser humano triunfaba sobre el instinto primitivo del hombre planta, pero no podía prolongarse indefinidamente.

Eduardo decidió terminar de una vez con su enemigo. Su intención era seccionar los dos tallos que le quedaban a la planta dejándola ciega. Saltó hacia adelante. Una rama le azotó el cuello, pero cuando el sideronato se retiró, el tercero de los tallos colgaba de un hilillo, casi completamente cortado.

La bestia pareció intuir el peligro y arremetió colérica contra el esquivo bípedo que saltaba ágilmente ante ella. Eduardo cortó limpiamente la rama que empuñaba la espada. Ésta voló por el aire yendo a caer a diez metros de distancia. El hombre planta corrió a recogerla con otro de sus muchos brazos, pero cuando volvió al ataque se encontró ante la manguera del lanzallamas de Eduardo. Una rociada de líquido ardiente le envolvió.

Dejando al monstruo revolcándose en el suelo, Eduardo corrió en auxilio de Viola. El hombre planta le vio venir y abandonó la persecución de la muchacha para hacer frente al nuevo enemigo. Eduardo le disparó a bocajarro el ígneo chorro de su lanzallamas. Con el rabllo del ojo vio a otros tres monstruos que se acercaban al trote después de haber dado un rodeo a la cortina de llamas tendida por el sideronato.

—¡Corre, Viola... huye! —gritó Eduardo al tiempo que arrancaba una granada de su cinturón—. ¡Corre... yo les detendré y te alcanzaré en seguida!

Viola echó a correr en la dirección que llevaban poco antes. Eduardo saltó tras el abrigo de un grueso tronco y lanzó su granada. Saltaron en el aire desgajadas ramas vivientes en mitad de una explosión y una llama amarilla. Uno de los hombres plantas, al que la bomba había arrancado casi todas sus patas, quedó en el suelo arrastrándose sobre los miembros que le quedaban. La explosión despojó de algunas ramas al segundo, pero éste y el tercero continuaron trotando en dirección a Eduardo.

El joven no disponía de tiempo para lanzar otra bomba, de manera que abandonó el abrigo del tronco y roció a sus enemigos con el lanzallamas. Convertidos en antorchas vivientes, los hombres planta daban sorprendentes brinco corriendo de un lado a otro, girando como peonzas y revolcándose por el suelo. Eduardo corrió hasta el inválido y lo roció con el líquido ardoroso de su lanzallamas. Luego miró en torno y no viendo más monstruos que aquellos que se retorcían entre el fuego, giró sobre sus tajones y echó a correr en seguimiento de Viola, que llevaba ya bastante delantera.

La muchacha volvió la cabeza, le vio venir y se detuvo. Cuando Eduardo llegó, ella jadeaba todavía haciendo subir y bajar su turgente pecho. Tenía sobre la sien un corte de dos pulgadas de longitud del que manaba mejillas abajo un hilillo de sangre.

—Estás herida —murmuró Eduardo entre jadeos.

—No es nada. Sólo un rasguño. Aquel monstruo me lo hizo con el sable... ¡Oh, Ed... cuánto miedo he pasado!

—Parece que nos hemos desembarazado de ellos —dijo Eduardo mirando hacia atrás—. Ven aquí. Te lavaré ese corte con agua.

—No. Déjalo estar. Vamos, no perdamos el tiempo.

Reanudaron la marcha andando con rapidez. Frecuentemente se volvían para mirar atrás, pero nadie les seguía. Media hora más tarde salían del bosque a una planicie cubierta de alta hierba. Por alguna misteriosa causa, los árboles radiactivos habíanse apartado de aquel lugar. La hierba, de un morado brillante, tenía más de un metro de altura y no dio muestras de poseer sensibilidad alguna cuando los sideronatos pisaron.

—Este debe ser el lugar donde estuvo emplazada la ciudad de Atlanta —murmuró Eduardo en un susurro, como si se hallaran en un panteón.

Examinó cuidadosamente el mapa, levantando muchas veces la cabeza para tomar algunos puntos de referencia.

—Sí —dijo finalmente—. Hace cinco mil años, aquí se levantó una ciudad llamada Atlanta. Ven, la Universidad de Oglethorpe debe de estar por este lado.

Cruzaron la pradera subiendo y bajando por una serie de montículos que eran al parecer antiguos montones de escombros cubiertos de tierra y de hierbas. Poco después se detenían sobre un montículo que Eduardo golpeó con la planta del pie.

—Aquí estuvo la Universidad de Oglethorpe —aseguró.

—¿No es extraño que no se vea resto de edificación? —preguntó Viola mirando en torno.

—¿Cómo quieres verlos después de cinco mil años? Los habré, sin duda... a varios metros de profundidad.

—¿Y cómo sabremos el lugar donde debemos excavar?

—No hay ningún medio de saberlo, excepto tanteando aquí y allá. Lo mismo podemos dar con la cripta en el primer agujero que en el agujero número dos mil. Todo es cuestión de suerte, de paciencia... y de trabajo. Ven, vamos a empezar a cavar aquí mismo. Todavía podemos hacer algo hasta que oscurezca.

—¿Y si llegaran los hombres planta?

—Que yo sepa, esos asquerosos bichos no poseen olfato. La hierba es alta y nos ocultará mientras trabajamos.

Eduardo Acero echó al suelo el equipo, tomó un pico, se restregó las manos, levantó la herramienta sobre su cabeza y descargó el primer golpe murmurando:

—¡Haya suerte, amigo!

La tierra era húmeda y blanda, magnífica tierra para algodón en

otros tiempos. Eduardo Acero cavaba lleno de entusiasmo, como si quisiera arrancarle a la tierra a golpes de pico la seguridad de poder continuar existiendo. También Viola Housman, contagiada del entusiasmo de su compañero, quiso probar fortuna y empezó a cavar otro hoyo no lejos de allí. No adelantaba mucho, pero algo hacía.

Al cabo de un largo rato, Eduardo tropezó con piso de adoquines. Esto le dio al menos una pista. Estaba cavando en una calle o un patio, y no era probable que la cripta estuviera debajo de ninguno de estos dos lugares. Cambió de lugar y empezó a abrir otro hoyo.

Era ya noche oscura cuando abandonaron su tarea. Comieron a tientas y fueron a acostarse en el fondo de la excavación abierta por Viola, que Eduardo cubrió con una manta sujetándola con piedras.

Cuando Viola despertó a la mañana siguiente, el Sol acababa de irrumpir el espacio. Eduardo con el torso desnudo, llevaba ya más de una hora trabajando en su hoyo. Aunque se sentía mortalmente cansada y con todos los huesos dolorosos Viola empuñó con resolución una pala y se puso también a cavar.

Los cuatro días siguientes fueron pródigos en desengaños. Tenían que profundizar mucho antes de alcanzar el techo de granito de los montes Apalaches. Por fortuna, los hombres planta no se dejaron ver por aquellos contornos y los sideronatos prosiguieron su duro trabajo siempre animados por la ilusión de que el último hoyo que excavaban sería el que les condujera hasta la cripta del tesoro.

Al quinto día de excavar, la suerte sonrió al incansable Eduardo Acero. A poco de haber profundizado tocó en unas losas de granito firmemente unidas. Pensando que podía ser el techo de la cripta, el joven excavó una zanga hasta llegar al final de aquello, que también podía ser un pavimento. Ahondó presa de febril ansiedad ayudado por Viola. Un muro de grandes sillares de granito iba quedando al descubierto.

—Seguro que ahora hemos dado en el clavo —masculló Eduardo entre jadeos.

La punta del pico chocó con algo metálico. Eduardo retiró la tierra con la pala y dejó al descubierto un marco angular de acero inoxidable firmemente empotrado en los sillares. Debajo del marco empezaba una puerta de acero, también inoxidable, que medía

1,25

metros de anchura.

—¡La cripta, Viola... La hemos encontrado! —chilló Eduardo tirando la pala por el aire.

Viola no encontró mejor manera de expresar su emoción que echándose a llorar a moco tendido.

CAPÍTULO IX

LOS EXTRAÑOS VISITANTES

La oscuridad les sorprendió antes que pudieran vagar por el espacio, pero por su proximidad al horizonte, sus pálidos rayos llegaban oblicuamente a la excavación, dejando en sombras el fondo. Muy a su pesar, los sideronatos dejaron las herramientas y fueron a meterse en su refugio.

Comieron en silencio, encerrados en sus íntimos pensamientos. Al mismo borde de descubrir el contenido de la cripta, ambos sentíase dominados de profunda inquietud. Hasta aquí habían vivido pendientes de la esperanza de encontrar junto al tesoro algunas muestras de semillas que pudieran servirles para rehabilitar la agricultura no radioactiva del planeta. Poco les faltaba para salir de dudas de una vez, y era la proximidad de esta hora lo que les aterraba. ¿Qué ocurriría si la cripta no contenía ni un solo grano capaz de fructificar y alimentarles en lo futuro?

Se acostaron inmediatamente, pero ninguno de los dos pudo dormir. Eduardo oía rebullir a Viola y se hacía el dormido por evitar una conversación que les mantendría definitivamente desvelados. Viola, a su vez, oía agitarse a su compañero y callaba respetando el cansancio de Eduardo.

La lechosa claridad del alba les encontró a los dos despiertos, ojerosos y cansados. La linda faz de Viola, bajo la difusa claridad del alba, aparecía coloreada por una fiebre interior. La verdad era que la muchacha sentíase mal, pero atribuyendo su malestar a la excitación, el insomnio y el cansancio, se abstuvo de decir nada a Eduardo.

El día luchaba todavía con la noche en el cielo cuando Eduardo surgió del agujero y fue a la excavación para reanudar el trabajo. Viola intentó seguirle, pero sus náuseas aumentaron, y unos violentos y súbitos vómitos la obligaron a permanecer, aniquilada y castañeando los dientes, en el fondo de la excavación.

Eduardo trabajó afanosamente durante toda la mañana. Al filo del mediodía había descubierto totalmente la gigantesca puerta de acero de la cripta, de

1,25

metros de anchura por

2,85

de alta, soldada en el marco angular de acero inoxidable empotrado profundamente en la piedra. A la derecha, una palanca de acero había quedado al descubierto. Encima de la palanca se veía un marco rectangular, cuya utilidad no podía adivinar Eduardo todavía. Más a la izquierda, una larga flecha señalaba a la palanca. Las manos del joven temblaban cuando, arrojando la pala a un lado, contempló la puerta de la cripta. Casi con el pensamiento, amenazaba al espíritu de la cripta por sí se negaba a concederles el don de la vida que hasta aquí vinieran buscando.

Llamó a Viola. Tuvo que llamarla dos veces más, y la muchacha apareció finalmente sobre el filo de la excavación. Estaba pálida y desencajada. Los dientes le castañeaban y al mismo tiempo, un suave rocío de sudor perlaba su frente. Descendió hasta el fondo de la excavación.

—Vamos a ver qué ocurre ahora —dijo Eduardo tirando con fuerza de la palanca.

Se escuchó un ligero “clic” metálico, como el de un mecanismo de relojería que empezara a funcionar de pronto. La lámina de acero que cubría el marco sobre la palanca se descorrió a modo de una cortinilla. En seguida, detrás de la cortina, apareció la figura de un hombre grabada sobre el metal, y al mismo tiempo una voz, en inglés, surgió de detrás de los dibujos y vertió en los oídos de los asombrados sideronatos un original mensaje. Era el mensaje de los hombres que enterraron aquel tesoro a los hombres del siglo LXXX que lo habían de descubrir.

Cada una de las palabras pronunciadas en inglés correspondía a una figura grabada sobre la cinta de metal que iba desarrollándose

ante los ojos de los jóvenes.

—¡Mira, Ed! —gritó Viola—. ¡La puerta se abre!

Toda la atención de Eduardo se volcó instantáneamente sobre la cripta. La formidable puerta de acero inoxidable se abría hacia dentro lenta y suavemente. Un gran rectángulo negro se mostró a los ojos de los sideronatos como invitándoles a entrar. El escondido gramófono seguía pronunciando palabras en inglés, y por la pantalla continuaban desfilando figuras hábilmente grabadas.

Durante un minuto, los jóvenes miraron a la invitadora abertura sin atreverse a entrar. Finalmente, Eduardo se decidió. Extrajo del bolsillo una caja de cerillas y se asomó a la cripta. De allí salió una vaharada de aire húmedo que apestaba a grasas.

Eduardo raspó la cerilla y la levantó encendida sobre su cabeza. Lo que sus ojos vieron no tenía nada de extraordinario. El interior de la cripta estaba materialmente atestado de cajas metálicas de los más diversos tamaños. En lo que la débil llamita permitía ver, unos estantes se corrían a lo largo de las paredes desde el suelo al techo. Estos estantes estaban llenos de frascos de metal cuidadosamente alineados. Junto al dintel, en la parte interior, se veía sobre un soporte una tea previsoramente puesta allí para que alumbrara el interior de la cripta. Eduardo la encendió.

Entraron en la cripta con paso sigiloso, como si temieran despertar algún monstruo guardador del tesoro.

Ya dentro de la cripta se detuvieron para mirarse uno al otro entre tímidos, alegres, admirados y titubeantes.

—En fin —farfulló Eduardo señalando con un amplio ademán todo el contenido de la cripta—. Era verdad que existía el tesoro... y ya estamos ante él. ¿A qué aguardamos?

Presos de febril ansiedad comenzaron inmediatamente a examinar el contenido de las cajas. Los hombres que enterraron el tesoro habían realizado un trabajo a conciencia. Todos los envases eran de materias inatacables por la humedad o el fuego. Las cajas más grandes, situadas a la entrada, mostraron a los ojos de los sideronatos gran cantidad de maquetas y modelos de automóviles, barcos, aeroplanos, motores, prensas de imprimir, locomotoras, máquinas de escribir, proyectores cinematográficos, aparatos de radio y televisión, máquinas de fotografiar, bombillas, encendedores, plumas estilográficas... la mayor parte de ellos

construidos de acero inoxidable o metal Monel.

El tesoro, de indiscutible valor científico y arqueológico, interesaba sin embargo muy poco a los sideronatos. La inmensa mayoría de las máquinas y objetos que veían eran sobradamente conocidos por ellos; bien porque los poseyeran, bien porque los hubieran visto fotografiados e incluso minuciosamente descritos en los libros. Lo único que les interesaba saber era si los hombres del siglo XX previeron la posibilidad de que la flora de la Tierra cambiara, y si guardaron para las generaciones futuras muestras de semillas de las plantas del siglo XX.

Abalanzáronse presos de excitación sobre los frascos alineados en los estantes. Éstos, al ser volcados, dejaban escapar rollos de microfilm que, examinados a trasluz y con auxilio de una lupa, demostraron ser fotocopias reducidas de una enorme cantidad de libros y enciclopedias.

Había también películas que retrataban el aspecto del mundo del siglo XX, y especialmente los rasgos físicos de las ciudades, de los campos, de las industrias y de las actividades sociales, tal y como eran en el remoto pasado. Incluso había un gramófono con un disco que contenía un saludo del Presidente de los Estados Unidos a los gobernantes del siglo LXXX.

Otras películas se referían a actos cotidianos del terrestre, tales como las operaciones de comer y los alimentos y bebidas que ingerían, inclusive su forma de mascar. Había rollos referentes a los deportes y diversiones, así como al baile, los edificios, las vías y los medios de comunicación.

El contenido de la cripta era tal, y tan variado que entretuvo durante horas enteras a los jóvenes descubridores. Eduardo, por momentos más nervioso, colérico y desesperado, continuaba abriendo frascos y más frascos para echar una mirada al interior y apartarlos con un gesto lleno de impaciencia e irritación. La sospecha de que los sabios del siglo XX habían olvidado guardar semillas de sus plantas empezaba a clavarse dolorosamente en el cerebro de Eduardo cuando las manos de éste asieron un frasco de acero inoxidable herméticamente tapado.

Al hacer saltar la tapa de rosca, el joven observó que las paredes interiores del recipiente estaban recubiertas de amianto. Dentro del recipiente había una ampolla de cristal de la que Eduardo tiró con

impaciencia.

—¡Viola! —chilló dando un brinco de alegría—. ¡Aquí está... aquí está...! ¡Trigo...!

Dando desaforados gritos, Eduardo agitó en el aire la ampolla de cristal, dentro de la cual se veían, perfectamente conservados, buena cantidad de granos de trigo. Los previsores hombres del siglo XX, al fin, no habían olvidado que las condiciones climatológicas de la Tierra, así como la composición del suelo, podían cambiar en varios siglos haciendo que cambiara también la flora del planeta.

—¡Dios mío! —sollozó Viola apoyándose en un estante para no caer al suelo—. ¡Estamos salvados... salvados al fin!

Pálido, temblando con los ojos saltando de las órbitas, Eduardo arremetió contra los frascos de todo el estante destapándolos con manos torpes y nerviosas. Los envases no sólo contenían semillas de trigo. En cada frasco de cristal, bajo la etiqueta y nadando en un mar de nitrógeno habían también granos de maíz, de cebada y de todos los demás cereales básicos para la alimentación en el siglo XX. Y aparte de los cereales se veían también, cuidadosamente rotuladas, semillas de muchísimas otras especies de plantas... ¡Si hasta había semillas de flores!

Los robinsones cósmicos no sólo se hallaban así en posesión de los medios indispensables para sobrevivir, sino también provistos de materiales básicos para reorganizar todo el planeta volviendo a restaurar la civilización, la ciencia y la flora del remoto siglo XX.

Mientras apartaba a un lado todas aquellas ampollas, Eduardo no dejaba de hablar enumerando las mil cosas que podrían hacer y harían en lo futuro. Estaba ya ronco de tanto hablar, de tanto gritar y tanto reír cuando un extraño estertor le apeó bruscamente de sus castillos de ensueño y le devolvió a la realidad terrena.

En un rincón de la cripta, sentada sobre una caja, Viola se retorció con las manos sobre el vientre haciendo inútiles esfuerzos por vomitar. El corazón de Eduardo saltó sobresaltado:

—¡Viola! ¿Qué te ocurre, muchacha?

Eduardo se acercó a Viola y le puso la mano sobre la cabeza.

—¡Oh... Ed! —gimió la muchacha retorciéndose—. Me siento muy mal... muy mal, Ed...

—Pero... ¿qué sientes?

—No sé... Toda la noche la he pasado con fiebre y náuseas.

Desde esta mañana no he dejado de tener vómitos.

—Bueno —trató de bromear Eduardo—. No irás a enfermar ahora que hemos encontrado nuestra salvación, ¿verdad?

—Me siento mal, Ed. Muy mal... —gimió la muchacha.

Eduardo tocó la frente de Viola. Ardía.

Recordando haber visto por allí un termómetro, junto a otro instrumental clínico, Eduardo revolvió entre el desorden reinante en su busca. Al fin lo encontró y volvió con él junto a la muchacha. Se lo puso. Cuando lo retiró y lo miró al trasluz, Eduardo sintióse francamente alarmado. Viola tenía cerca de 40 grados de temperatura.

—¿Puedes enumerarme todos los síntomas? —interrogó.

Viola los enumeró entre suspiros, quejidos y salivazos. Eduardo iba frunciendo el ceño. Alargando el brazo le obligó a levantar la barbilla. Por primera vez en muchos días, su atención cayó sobre aquella herida que Viola tenía en la frente, provocada por el sable de un hombre planta. Lo que fue un simple rasguño era ahora un surco inflamado, de un color morado y un aspecto muy desagradable.

Rápido surcó el pensamiento de Eduardo la sospecha del mal que podía aquejar a Viola. Aquel sable... No se atrevía a pensarlo... ¡Pero sí, debía ser aquello! No podía ser otra cosa. El sable del hombre planta había cortado seguramente arbustos radioactivos y, ¡estaba contaminado de radioactividad! Por lo tanto, lo que Viola podía tener era un envenenamiento radiológico.

Un sudor frío cubrió de pies a cabeza el cuerpo de Eduardo Acero. Si sus sospechas eran ciertas, Viola Housman no tenía la menor probabilidad de vivir más de unos pocos días. Él no conocía ningún medio para curar aquella enfermedad, ni se conocía durante el siglo XX. No podía hacer nada para salvar a su compañera. La muerte de Viola era cierta e irremisible...

El pensamiento de perder a su compañera sumió a Eduardo en un terror profundo... terrible... jamás experimentado hasta ahora. Hizo lo único que podía hacer. Trató de alejar de sí aquella idea y corrió desalado en busca de la manta. Cuando volvió, Viola habíase echado sobre una caja y respiraba entrecortadamente.

—¡Viola...! ¡Viola! —susurró Eduardo—. ¡Animo, muchacha! Has de ponerte bien, ¿entiendes? ¡Tienes que ponerte buena!

Ella asintió con un imperceptible movimiento de cabeza. Eduardo la cubrió con la manta y la miró lleno de angustia, sin saber qué hacer. Durante varias horas, mientras la antorcha chisporroteaba y se consumía, Eduardo tuvo que presenciar impotente la agonía de su compañera. Encontró otras antorchas en la cripta y reemplazó a la que se estaba apagando...

Aquella noche fue la noche más terrible vivida por Eduardo. Así lo creyó él entonces. Pero en realidad, la noche siguiente sería mucho más horrible. Viola empeoró en aquella noche, siguió empeorando durante todo el día, y al llegar la segunda noche empezó a perder el cabello. La caída del cabello era el más irrefutable y temido síntoma que Viola podía ofrecer.

¡Envenenamiento radiológico, no cabía ya ninguna duda!

* * *

Durante cinco días más, Viola Housman continuó empeorando, enflaqueciendo, perdiendo el cabello y retorciéndose en interminables y aniquiladores vómitos...

También Eduardo Acero adelgazó. Apenas si tocó las escasas provisiones que les quedaban en todos aquellos días que llevaba manifestándose la enfermedad de Viola. Con su barba crecida, las mejillas hundidas y los ojos brillantes y febriles, Eduardo parecía la viva estampa de un anacoreta dominado por un fuego interior. La seguridad de que Viola iba a morir le llenaba de una desesperación que no encontraba consuelo en la reflexión ni en las lágrimas.

En un atardecer plácido y silencioso, Eduardo Acero salió de la cripta dejando a Viola sumida en largo sopor y paseó por la pradera inmediata con un nudo de lágrimas en la garganta. Tenía el presentimiento de que su amada compañera de fatigas no sobreviviría a la noche que se acercaba. La seguridad de que el Sol, al interrumpir de nuevo en el cielo encontraría yerto y sin vida el cuerpo de Viola, era tan poderosa que casi le parecía sentir el aleteo de la Muerte revoloteando sobre la cripta.

Aquel inesperado final de su aventura le encolerizaba y asombraba a la vez. Había llegado a persuadirse de que Dios caminaba junto a ellos conduciendo sus pasos hacia la patria del Hombre para que fueran los padres de una humanidad mejor y más

perfecta que la extinta. En el fantástico viaje a través del espacio, en su feliz arribada a la Tierra, en la total desaparición de la raza humana y, finalmente, en el hallazgo de una lámina de acero que hablaba de un tesoro oculto, Eduardo había visto la mano de Dios...

Pero todo se derrumbaba ahora a su alrededor. El destino les trajo a la Tierra para inmolarles como había inmolado a toda la humanidad. La cólera del Sumo Hacedor debía de ser inmensa, pues total era el exterminio de su obra. Con la muerte de Viola quedaría definitivamente desterrada la posibilidad de fundar un nuevo pueblo...

¿Y él? ¿Qué haría él cuando Viola hubiera muerto?

La idea de quedar solo en el mundo, en una soledad total y pavorosa, sumía a Eduardo Acero en un terror aniquilador. Ahuyentaba la idea del suicidio. Era creyente, y si de todas formas Dios había dispuesto aniquilar por completo a la raza humana, ¿para qué tenía que morir en pecado mortal? Moriría de todos modos.

Pero la muerte no le asustaba. Lo que le aterraba era la angustiada soledad que le envolvería hasta que la Muerte viniera a recogerle, a él, al último ejemplar de la humanidad que estaría formando ya en apretadas filas para el Juicio final...

Eduardo pensaba en los días, los meses... tal vez en los años que podía vivir todavía, e imploraba la misericordia de Dios para que la Muerte le llevara al mismo tiempo que su amada Viola.

—¡Señor... Señor! —gimió dejándose caer de rodillas y alzando los ojos al cielo—. ¡No me condenes a velar los muertos de esta inmensa tumba...!

Los ojos, llenos de lágrimas, vagaron por el limpio azul del espacio como buscando la silueta del Omnipotente Hacedor. Pero lo que vieron los ojos de Eduardo no era ninguna nube de fuego divino, sino una esbelta aeronave que se acercaba en mitad del profundo silencio, volando a unos 300 metros de altura sobre la pradera.

El despertar de Eduardo fue instantáneo. Saltó en pie como un muelle y miró a la nave con ojos abiertos de par en par. El aparato era de un color rojo brillante y se movía en el espacio con majestuosa e impresionante lentitud.

—¡La Tierra no está deshabitada! —exclamó Eduardo

roncamente.

Este pensamiento penetró en su cerebro como un estilete abriendo ilimitadas perspectivas. ¡La humanidad salvada... Viola...!

Dando un prodigioso salto, Eduardo corrió hasta la excavación, asió el lanzallamas y, sin aguardar a salir del agujero, disparó un chorro de fuego líquido por encima de los montículos de tierra recién removida.

Fue la primera idea que tuvo para atraer la atención del avión, y mientras se levantaba una densa nube de humo se felicitó de ella. El aparato, cuyas formas recordaban las de un tiburón, pasó sobre la cripta y empezó a alejarse.

—¡No me han visto... no me han visto...! —sollozó Eduardo.

Pero, repentinamente, el esbelto aparato viró y empezó a describir círculos por encima del fuego provocado por el lanzallamas. Ed saltó ágilmente de la excavación y empezó a agitar los brazos dando desaforados gritos. La misteriosa aeronave describió un círculo más estrecho, se inmovilizó y empezó a descender verticalmente sobre la cripta.

Eduardo Acero creía estar viendo visiones. No comprendía en razón de qué misterioso poder se mantenía en el aire aquel aparato desprovisto de alas. Pensó si sería un dirigible, pero la facilidad y rapidez con que aterrizaba desterró esta idea de su pensamiento. La aeronave, al bajar sobre Eduardo, dejó oír un sordo y penetrante zumbido. Era enorme, bastante más grande que el cohete interplanetario del profesor Marlow, y no sólo tenía la forma de un escualo, sino que su proa estaba pintada de manera que hacía más notable el parecido. Una dentadura de sierra de pintura blanca y unos grandes ojos azules proporcionaban al buque un aterrador aspecto.

La nave descendió suavemente y se posó sobre la pradera, a sólo 50 metros de donde estaba Eduardo. El joven, paralizado por el asombro y el terror, no pudo dar un paso...

Se abrió una puerta en el costado de la nave. Dos extrañas figuras saltaron a tierra y se dirigieron hacia Eduardo. Por encima de las altas hierbas, el sideronato sólo podía ver sus anchos hombros y sus grotescas cabezas, de un tamaño tres veces mayor al normal.

La idea de que estaba viendo a seres venidos de otro planeta

apuntaba en la mente de Eduardo cuando llegó hasta sus oídos una voz varonil que hablaba en un idioma desconocido, pero de dulce entonación, y a todas luces, terrestre. Al acercarse las figuras, Eduardo advirtió que llevaban entre las manos unos extraños fusiles. También vio que los extraños visitantes iban protegidos por una armadura de una materia que parecía vidrio... y comprendió, al fin, que las grotescas cabezas de los extraordinarios seres eran unas simples escafandras de color azul, como toda la armadura.

Los visitantes se detuvieron a cuatro pasos de distancia. Repentinamente, un sector de las escafandras, los que daban cara a Eduardo, empezaron a perder su color azul, volviéndose transparentes. Y a través del cristal, Eduardo Acero vio... ¡dos rostros humanos!

En este momento, una voz preguntó en inglés:

—¿Tampoco habla usted el inglés, amigo?

Más muerto, que vivo, Eduardo contestó con un hilo de voz:

—Soy de origen inglés... norteamericano, para ser más exacto.

Los dos hombres bajaron sus fantásticas armas y se acercaron amistosamente.

—¿Quiénes... quiénes son ustedes? —balbuceó Eduardo.

—¿Y usted quién es? No es, desde luego un redentor —el hombre hablaba en inglés malo.

—¿Redentor? —repitió Eduardo estupefacto.

—No es posible, sin embargo, que haya sobrevivido usted en una Tierra donde sólo existen plantas radiactivas. ¿Cómo se explica su presencia en este mundo?

La voz y los ojos de los desconocidos denotaban por lo menos tanto asombro como la propia voz y los ojos de Eduardo. El joven, entre balbuceos, les explicó lo ocurrido:

—Nuestros antepasados emprendieron un viaje de cinco mil años por el espacio... llegamos hace unos meses, encontramos la Tierra invadida de plantas radiactivas... Estábamos desesperados...

—¿Por qué habla en plural? —preguntó el hombre de la armadura vítrea—. ¿Hay alguien más con usted?

—Viola, mi compañera... Está allí, en la cripta —señaló Ed a la excavación.

—¿Por qué no la llama? —preguntó el otro con desconfianza.

Ed percibió el recelo en la voz y la actitud del hombre y

protestó:

—¡No, por Dios! No tiene nada que temer, estamos los dos solos. Ella, Viola... apenas puede moverse. Uno de esos hombres planta la hirió con su sable... La herida sólo era un rasguño, no le dimos importancia... el arma estaba contaminada de radiactividad. Mi compañera se encuentra muy enferma...

—¿Envenenamiento radiactivo?

Ed asintió con la cabeza tragando saliva. Los dos hombres cruzaron una mirada entre sí. Uno de ellos habló. Pero no se dirigía a Ed ni utilizaba ahora el inglés. Ed adivinó que los dos astronautas estaban en comunicación por radio con la formidable aeronave que estaba esperando más allá.

—Llévenos a la excavación —dijo después dirigiéndose a Ed en su pésimo inglés.

Eduardo les precedió hasta la zanja.

—Una cripta. Durante la segunda mitad del siglo XX, un grupo de hombres de ciencia previeron la posibilidad de que la civilización terrícola fuera borrada de la faz de la Tierra como consecuencia de una guerra nuclear. En este lugar se levantaba en aquel entonces la Universidad de Oglethorpe. Los científicos de esta Universidad depositaron en la cripta documentos y filmes, discos grabados, libros y muestras que darían una idea de cómo había sido nuestra cultura a quienes algún día encontraran esta cripta. Mi compañera y yo vinimos hasta aquí buscando semillas de plantas que nos permitieran sobrevivir en este horrible mundo de especímenes radiactivos.

Ed se había parado junto a la puerta y uno de los hombres le hizo una señal.

—Parece que han sufrido ustedes mucho hasta llegar aquí. Le aseguro que todos sus padecimientos han terminado. Llévenos hasta su compañera.

Ed precedió a los dos hombres hasta el interior de la cripta, donde Viola había perdido el sentido tumbada en un rincón. Los dos extraños individuos se despojaron de sus escafandras, dejando sus armas sobre un estante. Uno de ellos se quitó los guantes de vidrio elástico y se arrodilló junto a Viola. Habló a su compañero en aquel idioma desconocido para Ed y se incorporó.

—La chica evidentemente se encuentra mal —dijo después en

inglés dirigiéndose a Eduardo—. Afortunadamente nos encontramos a tiempo. La salvaremos.

—¿Podrán hacerlo?

—Por supuesto, tranquilícese. Hemos pedido una camilla a nuestra aeronave, no tardarán en llegar.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó Ed lleno de curiosidad.

—Como ustedes, también nosotros somos unos recién llegados. Hacia el año cuatro mil trescientos veintiocho, cuando los redentores acabábamos de reconquistar estos planetas, se presentó repentinamente un extraño pueblo que se llamaba a sí mismo nahumita. Los nahumitas habían llegado hasta el Reino del Sol buscando a los Hombres Grises o Thorbod...

—¿Hombres Grises? —repitió Eduardo sin comprender—. ¿Thorbod?

—¡Oh, es una historia larga de contar! —se rió el hombre sacudiendo la cabeza—. Bástele saber que los nahumitas bombardearon estos planetas con proyectiles nucleares, envenenando sus atmósferas de radioactividad. El autoplaneta *Valera* se vio en la necesidad de evacuar a los supervivientes de estos planetas llevándolos a Redención. Pasado el tiempo, cuando pensamos que estos planetas ya estarían libres de radiactividad, el Gobierno de Redención envió una expedición a la Tierra para rehabilitar y repoblar estos mundos. Nosotros formamos parte de esa expedición.

Aquello era demasiado complicado y confuso para Eduardo.

Evidentemente, muchas cosas tenían que haber ocurrido en el mundo desde el siglo XX hasta hoy, pero nada era tan importante en este momento como saber que estaban a salvo entre amigos, que Viola sería curada por la alta ciencia que indudablemente debían haber alcanzado estos seres extraordinarios. Todo lo demás era de importancia secundaria. Tiempo tendría después de escuchar el relato completo de lo acaecido en el Mundo desde los tiempos que el profesor Marlow zarpó en su cohete hasta hoy.

Llegaron dos individuos enfundados en armaduras de vidrio azul y se llevaron a Viola en una camilla. Eduardo siguió a los camilleros hasta la astronave. Antes de entrar en ella, mientras subían la camilla, Ed admiró sorprendido las enormes dimensiones del “buque”. ¿Redentores? Si estos hombres se llamaban así, nunca un

nombre se ajustó tanto a la realidad. Para Viola y para él, la redención había bajado del cielo en forma de aeronave tripulada por unos seres extraordinarios. Sería sumamente interesante escucharles.

—¿Sube, usted, por favor? —dijo una voz amable junto a él.

Ed se volvió y sonrió al redentor. Luego, de un ágil salto, se encaramó a la amplia escotilla de la aeronave.

F I N